PRIMERA PARTE

DE LA MORAL DE SÉNECA

EXTRAIDA DE SUS OBRAS,

Y TRADUCIDA DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO SEPTIMO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de AZNAR.

AÑO M.DCCC.III.

Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

MORAL DE SÉNECA.

I.

Mirar á alguno como amigo, y no tener de él la misma confianza que de sí mismo, es engañarse extrañamente, é ignorar la extension de la verdadera amistad. Sea vuestro amigo el confidente de todas vuestras deliberaciones; pero que antes haya sido él su objeto. Formada la amistad, sígase la confianza, y téngase el debido discernimiento antes de formarla. Es confundir los deberes, es violar la regla de Teofrasto el empeñarse sin conoci-

miento, para romper quando se tenga.

Reflexîonad largo tiempo acerca de la eleccion de un amigo, y una vez decidido, abrirle de par en par las puertas de vuestra alma; no haya mas reserva para él, que para vos mismo. Creedlo seguro: él lo será: freqüentemente se enseña á engañar, quando tememos ser engañados; la desconfianza autoriza la infidelidad.

II.

Fiarse de todo el mundo, y no fiarse de nadie, son dos excesos: hay mas honradéz en lo uno, y mas seguridad en lo otro.

III.

Una vida que se pasa en via-

ges, procura muchos huespedes; pero no un amigo. Todas esas variaciones no son otra cosa sino la agitacion de un espíritu enfermo. La primera señal del sosiego interior, es el saber fixarse, y quedarse consigo mismo. Estar en todas partes, es no estar en ninguna.

IV.

Acomodarse con la pobreza, es ser rico: somos pobres, no por tener poco, sino por desear mucho.

V.

No vayais, á exemplo de ciertos filósofos, menos curiosos de hacer progresos, que ruido, á afectar en vuestro exterior, ó en vuestro género de vida, singu-

laridades que os hagan notar. Una vestidura salvage, una cabellera herizada, una barba desordenada, una aversion declarada á toda cosa de plata, una cama tendida en el suelo, y otros mil caminos desviados, que obliqüamente miran á la consideracion, os los debeis prohibir. ¡Ah! El nombre de filósofo es ya bastante odioso, llévese con la modestia que se quiera: ¿pues qué será si intentamos el substraernos á los usos? En el interior debemos diferenciarnos del pueblo; en lo exterior podemos parecernos á él. El sabio está tan lejos de evadirse de las costumbres públicas, como de hacerse notable por la sin gularidad de su vida.

VI.

La naturaleza condena todas esas torturas voluntarias, esta aversion á un adorno simple, este amor al poco aséo, esta predileccion á los alimentos, no digo comunes, sino asquerosos. Solo un libertino busca la delicadeza; y solo un necio es el que rehusa los manjares simples y ordinarios. La filosofía no nos manda sufrir, sino que seamos frugales; y la frugalidad se aviene con la limpieza: es necesario prescribirla límites: es menester que nuestra vida sea una mezcla de las buenas costumbres, y de las costumbres públicas; entonces es preciso que la admiren todos, y se reconozcan en ella.

VII.

La ruta de los preceptos es larga ; la de los exemplos es mas corta y mas segura. Platón, Aristóteles , y aquella tropa de sabios , que debian seguir tantos caminos diferentes , se aprovecharon mas de las costumbres , que de los discursos de Sócrates.

VIII.

Imitar á los malos , porque es el mayor número , y aborrecer el mayor número , porque nos es desemejante , son dos extremos viciosos.

IX.

¿Quál es el fin del sabio al escoger un amigo? Es , tener por quien dar la vida , tener á quien

acompañar en un destierro, y á quien salvar á expensas de sus dias. Las asociaciones interesadas, y calculadas sobre el provecho propio, son un tráfico, y no una amistad.

X.

El amor se parece á la amistad; es su locura, por decirlo así.

XI.

Viendo Crates á un mozo que se paseaba separadamente, le preguntó, qué era lo que hacía así solo. Yo hablo conmigo mismo, le respondió. Tened cuidado, le repuso el filósofo, no sea que hableis con un mal hombre.

XII.

¡Hasta dónde llega la locura de los hombres! Ellos murmuran en voz baxa de los votos infames al oído de los dioses: luego que se les escucha, callan; y no se atreverían á decir á los hombres, lo que dicen á los dioses. Vivamos con los hombres, como si Dios nos viese; y hablemos á Dios, como si los hombres nos oyeran.

XIII.

Es necesario elegir un hombre de bien; no perderle jamás de vista; vivir siempre como en presencia suya, y obrar siempre como si estuviera presente. Este precepto es de Epicúro; él es quien nos da una guardia vigi-

lante. Bien tiene razon: pocas faltas se cometerian si en el momento de irlas á verificar tuviesemos un testigo. El alma ha menester alguno que la cause respeto, y cuya autoridad santifíque hasta sus mas secretos pensamientos. ¡Dichoso el hombre, cuya idea sola, sin que él se manifieste, corrige á otro hombre! ¡Dichoso tambien aquel que respeta tanto á otro hombre, que solo con su memoria entra en el órden!

XIV.

La vejéz tiene hechizos quando no llega á la caduquéz. Creo tambien, que aun hay placeres que disfrutar hasta el borde del sepulcro; ó á lo menos (lo que es un equivalente de los place-

res), ya no hay necesidad de ellos.

XV.

La filosofía es una especie de sacerdocio respetado de las gentes de bien, y hasta de aquellos que solo son malos á medias. Todas las artes, todos los hombres, hasta los perversos, le rinden homenage. No, la depravacion no tendrá jamás bastante fuerza, ni la liga bastante poder, para impedir que la filosofía sea venerable y sagrada.

XVI.

La vida felíz es el fruto de una sabiduría consumada, y la vida soportable, de una sabiduría comenzada.

XVII.

La filosofía no es un arte popular, ni una ciencia de aparato: ella consiste en las cosas, y no en las palabras. Su funcion no es la de ayudar á pasar agradablemente los dias, ni la de calmar la displicencia de la ociosidad: es la de forjar y amoldar las almas, dirigir la conducta, arreglar las acciones, enseñar al hombre lo que debe hacer ú omitir, ser su propio piloto, y guiarle en medio de los escollos de su navegacion. ¡Quántos incidentes á cada hora no exîgen consejos! de ella es preciso tomarlos.

XVIII.

Freqüentemente se aborrece á proporcion que se recibe: pres-

ta una corta cantidad, y tendrás un deudor; si es quantiosa, adquieres un enemigo. ¡Cómo! ¿Los beneficios no engendran la amistad? Ellos lo pueden, si el discernimiento los dirige, ý si se les coloca, en vez de sembrarlos.

XIX.

La filosofía no enseña á hablar, sino á obrar: exîge que cada uno se conforme con las reglas que prescribe, con las leyes que impone; que las acciones no desmientan las palabras, y que el todo de la vida sea de un mismo tenor, y sin discordancia alguna. El mayor esfuerzo y la mayor prueba de la sabiduría, es el mostrar su conducta unisona al lenguage, y hacer del hombre un todo uniforme.

XX.

¿Qué es sabiduría? Es la ciencia de querer ó no querer siempre la misma cosa.

XXI.

Sálese de la vida, dice Epicúro, como si se acabára de entrar en ella. Lo que me agrada sobre todo de este pensamiento, es el vituperio de niños que se hace á los viejos. Por lo demas, él es falso: de la vida no se sale como se entró en ella: morimos peor que nacimos. La falta es nuestra, de que así suceda, y no de la naturaleza.

XXII.

¿Quáles son los elementos de la felicidad? Una buena concien-

cia; honradéz en los proyectos; rectitud en las acciones; desprecio de los bienes fortuitos ó casuales; union, conjunto, y uniformidad en la conducta.

XXIII.

Nosotros necesitamos ser detenidos, así en la aversion, como en nuestro amor á la vida. Luego que la razon prescribe el que se acabe, no se ha de escapar de ella con un sentimiento bronco y rápido: el hombre sabio y esforzado debe retirarse de ella, pero no huír.

XXIV.

Persuadido á que ya me acerco á la prueba, á que el dia se acerca, que va á formar juicio de todos mis dias, yo me estú-

dio á mí mismo, y me tengo este lenguage: "Hasta ahora tus
» palabras, tus acciones, nada
» han probado: éstas no son se-
» guros intérpretes del alma: la
» muerte sola puede ilustrarte
» acerca de tus progresos. Dis-
» ponte, pues, con valor, para
» este instante fatal, donde, sin
» aliño y sin máscara, sentencia-
» rás tú mismo si el valor estaba
» en tu corazon ó en tus labios,
» y si tantas palabras arrojadas
» con fiereza contra la fortuna,
» no eran en tu boca sino el pa-
» pel de un Comediante. No ha-
» gas mérito de la estimacion de
» los hombres, dispensada del
» mismo modo al vicio, que á la
» virtud; ella no prueba nada:
» dexa á parte aquellos estudios
» cultivados durante tu vida en-

„ tera ; la muerte, la muerte so-
„ la , ve ahí tu verdadero juez.
„ Lo repito, aquellas disputas
„ sábias , aquellas conferencias fi-
„ losóficas , aquellas máxîmas sa-
„ cadas de los libros de los sa-
„ bios , y aquellas doctas conver-
„ saciones , no prueban valor.
„ ¡Quántos cobardes hablan co-
„ mo héroes! El camino que has
„ andado, no será conocido sino
„ al cabo de tu carrera."

XXV.

No puede repetirse bastantemente, lo que bastantemente no se aprende.

XXVI.

La felicidad no está en el lugar, sino en la persona.

XXVII.

¿Qué importa que sean muchos los amos? por eso no hay mas de una servidumbre.

XXVIII.

¡Qué vergüenza es para un hombre ya viejo, ó cerca de serlo, el no ser sabio sino por sus libros, y no tener otro apóyo que su memoria! Sosténgase sobre sí mismo; hable, en vez de citar. ¡Estos hombres intérpretes siempre, y jamás autores, ocultos sin cesar á la sombra de un grande escritor, tienen bien poco resorte para no atreverse jamás á hacer lo que por tan largo tiempo han aprendido! ¡Bello oficio, el de exercitar su memoria sobre las producciones de

otro! El acordarse, no es saber: se acuerdan quando conservan las cosas en su memoria, y las saben quando se las apropian. ¿Es preciso el estar siempre atado delante de un modélo, los ojos siempre fixos sobre un maestro? Zenón dice esto, Cleanto dice aquello. ¡Ah! Amigo mio, ¿no habrá jamás diferencia entre vos y un libro? ¡Qué! ¡Siempre discípulo! Ya es tiempo de ser maestro. ¿Qué necesidad tengo de escuchar lo que puedo leer?

Pero dirán, la voz dá la vida á los pensamientos. No, si ella no hace mas que repetir las palabras de otro; si no hace sino lo que el eco. Añadid, que esos hombres, siempre en tutela, siguen á los antiguos en una car-

rera, donde estos no tenian cuidado de seguirse los unos á los otros; en una carrera que aun no es conocida. Atenerse en esta parte á los descubrimientos anteriores, es el medio de no hacer jamás ninguno. Además de que quien sigue á otro, camina sin objeto; ¿y cómo ha de hallarse, quando no se busca? ¡Cómo! ¿no marcharé yo sobre las huellas de los antiguos? Sin duda, yo tomaré el camino trillado; pero si encuentro un atajo mas recto, le seguiré. Los que nos han precedido, eran nuestras guias, mas no nuestros maestros.

La verdad luce en todo el mundo; pero no está descubierta: mucho falta que hacer todavía á las generaciones futuras.

XXIX.

Se ama, siendo amigo; pero quando se ama, no por eso se es amigo. El amigo es siempre útil: el que ama puede alguna vez dañar.

XXX.

En toda edad puede estudiarse; pero no ser estudiante en toda edad. Nada hay mas vergonzoso y mas ridículo, que un viejo en el abecedario. En la juventud debe juntarse para gozar en la vejéz.

XXXI.

Lo que la presencia tiene de mas dulce, la mano de nuestro amigo lo reproduce en una carta.

XXXII.

Las cosas que no tienen otro mérito que la dificultad, basta el verlas una vez.

XXXIII.

Ningun hombre consentiría el vivir con la puerta abierta. La vergüenza, mas bien que el orgullo, fué quien inventó los Porteros; y del modo con que se vive, entrar en casa de alguno sin anunciarse, es encontrarle en el hecho. ¡Eh! ¿qué sirve el ocultarse, huir la vista y el oído de los hombres? La buena conciencia quiere testigos; la mala, en un desierto, tendría todavía alarmas. Si vuestras acciones son honestas, sepanlas; si no, ¿qué os importa que las ignoren?

Vos las sabeis, y desdichado de vos si irritais á tal testigo.

XXXIV.

Lo que la filosofía tiene de mas grande, es el no mirar el nacimiento. Para ella siempre somos bastante nobles. Cada uno de nosotros es precedido de igual número de abuelos; el origen de todos los hombres remonta á mas allá de los tiempos conocidos. La fortuna, con el tiempo, ha confundido las clases, y cruzado todas las razas. ¿Quál es, pues, el verdadero noble? aquel á quien para la virtud formó naturaleza. Si me enviais á los tiempos antiguos, cada uno data de una época, antes de la qual no hubo nada. Una série de abuelos alternativamente ilustres y obscuros,

traida desde el principio del mundo, es la genealogía de todos los hombres. Un vestíbulo, lleno de retratos ahumados, no hace la nobleza: ninguno ha vivido por adquirirnos gloria; y lo que fué antes de nosotros, no nos pertenece.

XXXV.

Los antiguos nos han dexado mas descubrimientos por hacer, que los que han hecho. Puede ser tambien que muchas qüestiones importantes se hubieran aclarado, si no se hubieran parado en superfluidades. ¡Quánto tiempo perdieron en altercaciones de palabras, en disputas capciosas, que no producen sino vanas sutilezas, y que encogen los mas bellos ingenios!

XXXVI.

La amistad lo hace todo comun entre amigos: las pesadumbres y los placeres no son ya del uno de los dos; ellos viven de mancomun. ¡Eh! ¿se puede ser dichoso, quando no se atiende sino á sí mismo, y quando todo se refiere al interés propio? No se vive para sí, sino en viviendo para otro. La beneficencia general merece, sin duda, nuestros primeros homenages, porque une á todos los hombres entre ellos, porque establece una misma moral para todo el género humano; pero sobre todo, porque conduce á esta asociacion mas íntima, de la qual hablo, á la santa amistad. Tened muchas relaciones con el hombre, y las

tendreis todas con vuestro amigo.

XXXVII.

Elige un sabio por modélo, cuya conducta es una leccion: él dice lo que debe hacerse, y lo aprueba haciéndolo; lo que debe huírse, y jamás es sorprehendido en las faltas que condena. Toma una guia que gane mas en ser vista, que no oída.

XXXVIII.

En la física todos los fenómenos son para un ojo observador, señales los unos de los otros; lo mismo sucede en moral; la mas ligera indicacion basta para formar juicio de los caractéres. El porte, el gesto, alguna vez una respuesta, un dedo llevado á la cabeza y una mirada, anuncian

á un disoluto. El hombre mordáz se descubre por la risa; el loco, por su ayre y por sus ademanes: cada vicio tiene sus rasgos y su fisonomía.

XXXIX.

La eloqüencia es dañosa quando abandona los intereses de la virtud y de la verdad, por los suyos.

XL.

Es necesario estar despierto, para contar sus sueños; y curado de sus vicios, para confesarlos.

XLI.

No se vive para sí, desde que no se vive para nadie.

XLII.

El silencio no es tan necesario para la meditacion, como se cree. Los discursos causan mas distraccion que el ruido: aquellos llaman la atencion, quando éste no hace mas que llenar y herir el oído.

XLIII.

La noche no quita las inquietudes: todo lo que hace es suspenderlas ó cambiarlas. Las noches son, así como los dias, turbulentas para los malos. La calma verdadera, es la de la buena conciencia. No se crea que el alma esté tranquíla porque repose el cuerpo: á menudo el sueño no es sino una turbacion de otra especie.

LXIV.

La vejéz es el fruto de la sobriedad, y si ella no vale un deséo, tampoco merece un desprecio. Es agradable el quedarse uno largo tiempo consigo, quando se ha adquirido una posesion digna de sí mismo.

XLV.

Esos sollozos, esos llantos inmoderados, ¿sabes de qué proceden? del deséo de manifestarse sensible. No se cede al dolor, sino que se quiere ostentarle: jamás se aflige uno para sí solo. ¡Desgraciada locura! hasta el dolor tiene su ostentacion.

XLVI.

La tristeza es el quadro que

mas presto cansa á los espectadores. Reciente aquella, halla consoladores, y algun alma sensible se interesa en ella; pero envejecida, se burlan de ella, y hacen bien, porque, ó es falsa, ó insensata.

XLVII.

Un alma que conoce la verdad, que sabe distinguir el bien y el mal, que solo aprecia los objetos segun su naturaleza, y no segun la opinion; que con el pensamiento anda por todo el universo, le sigue todos sus movimientos, pero que vuelve de la especulacion á la práctica; un alma, cuya grandeza y cuya fuerza tienen por base la justicia, que resiste á las amenazas, así como á las caricias; que man-

da á la mala fortuna, como á la buena; que se eleva sobre los sucesos necesarios ó casuales; que no quiera la hermosura sin la decencia, la fuerza sin la templanza y la sobriedad; en una palabra, un alma intrépida, firme, á quien la violencia no puede abatir, ni ensoberbecer ni humillar la suerte; un alma semejante, es el quadro de la virtud.

XLVIII.

El guerrero que vela sobre las trincheras, sin temer ninguna invasion, puede ser tan valiente como aquel que con las piernas cortadas se arrastra aun sobre las rodillas, y se obstina en no querer rendir las armas; pero las aclamaciones no resuenan sino por aquellos que vienen en-

sangrentados del campo de batalla. Yo quiero la virtud que se ha exercitado, que ha peleado, y que se ha fatigado contra la fortuna. ¡Qué! ¡no preferiré yo á la mano sana y entera del guerrero mas intrépido, la mano tronchada, y las carnes rasgadas de Mucio Scévola! Desafiando á un mismo tiempo á la llama y al enemigo, se estuvo inmóvil; mira atentamente caer su mano sobre los carbones, hasta que Porsenna, insensible á su suplicio, pero zeloso de su gloria, hizo apartar por fuerza el brasero. ¡No colocaré yo este heroísmo en la primera clase! Sí, yo lo prefiero á esas virtudes tranquílas, que jamás ha probado la fortuna. ¿Por qué? Porque es mas raro el vencer un ene-

migo por el sacrificio de su mano, que por los dardos de que está armada. ¡Y qué! se me dirá, ¿desearíais vos una dicha semejante? ¿Por qué no? No pueden practicarse semejantes acciones, si no se llega hasta el punto de desearlas.

XLIX.

Quando un sabio resiste al dolor, puede ser que tenga todas las virtudes á sus órdenes, aunque no se vea sino una, y sobre todo la paciencia. Él tiene valor; éste es el que sufre, aguanta, y perservera: la prudencia; ella inspira las resoluciones fuertes, y aconseja el sufrir varonilmente lo que no puede evitarse: la constancia; ella hace al hombre inalterable en sus proyectos,

y superior á la violencia; en fin, el sabio tiene todo el cortejo de las virtudes, porque son inseparables; todas las acciones honradas se executan por una sola virtud, mas con acuerdo de todas.

L.

Lo que se aprende en el momento de partir, ¿quándo servirá, y á qué? A partir mejor. No lo dudes; la edad mas hecha para la virtud, es quando la experiencia y las revoluciones han ilustrado al hombre, quando sus órganos se han agotado, y domesticado sus pasiones. Entonces puede marchar, sin obstáculos, hácia la felicidad, porque la vejéz es su estacion; y el que se hace sabio en la vejéz, no lo consigue sino por ella.

LI.

No hay vicio que no ofrezca un salario. La avaricia, promete dinero; el libertinage, mil deleytes diversos; la ambicion, la púrpura, los aplausos y el poder, que es su conseqüencia, y todo el poder que acompaña á las facultades. Cada vicio paga un sueldo; pero la virtud quiere ser servida gratuítamente.

LII.

En la vida nos parecemos á los inquilinos antiguos, á quienes el hábito familiariza con las incomodidades de la habitacion.

LIII.

Es necesaria un alma grande, para juzgar las grandes cosas; sin

lo qual las atribuímos un vicio que viene de nosotros.

LIV.

No estudiar la filosofía, ó estudiarla con intervalos, es la misma cosa; jamás queda ella en el parage donde se la dexa: semejante á un resorte que vuelve á adquirir su elasticidad despues de la compresion, vuelve hácia el punto de reposo, luego que dexa de ser oprimida.

LV.

La filosofía no renuncia al ingenio; pero no quiere que se sacrifique mucho trabajo en las palabras. Todo nuestro objeto debe reducirse á decir lo que pensamos, á pensar lo que decimos, y á que nuestra conducta vaya

de acuerdo con nuestros discursos. El filósofo ha llenado sus empeños, quando es el mismo hombre el que se vé, y se oye: para hacer juicio de su mérito, es preciso ver si él es uno.

LVI.

Los discursos del filósofo no deben dirigirse á agradar, sino á instruir. Si no obstante, la eloqüencia se une á ellos sin afectacion, si se ofrece por sí misma, ó si cuesta poco, está bien, venga enhorabuena, y acompañe objetos, bastante importantes para no echar menos sus adornos; pero que se ocupe menos en manifestarse, que en manifestar las cosas. Hay artes que son totalmente del resorte del entendimiento, y éste lo es del del alma.

LVII.

La perfeccion de cada ser es siempre relativa á su destíno, ó al uso que se hace de ella: no se exîge que una regla sea bella, sino recta. Del hombre puede tratarse, como de las demás cosas. ¿Quál es su qualidad distintiva? Es la razon, y por ella se eleva sobre los animales, siendole todo el resto comun con ellos. No se trata aquí de las qualidades que posée en un grado mas eminente que las bestias, sino de las que le son propias. Ahora, nada tiene propio el hombre, sino lo que le hace merecer la aprobacion ó la desaprobacion: Luego si la qualidad distintiva del hombre es la razon, en perfeccionando su razon, se hará loa-

ble, y alcanzará el objeto de la naturaleza. Ahora, la razon perfeccionada así, es lo que se llama virtud.

LVIII.

La virtud pasa con fiereza entre la buena y la mala fortuna, y arroja una mirada de desprecio sobre la una y la otra.

LIX.

Todos los seres estan ligados y arrastrados por una cadena que no puede romperse, y cuya direccion es imposible el cambiar. Aunque no quisieras seguirla, serías arrastrado por ella: haz voluntariamente lo que harias por fuerza.

LX.

La vida es como una comedia: lo que nos importa, no es lo largo de ella, sino el modo de representarse. No se trata de saber en qué parage la acabaréis: acabarla en donde querais; haced de modo solamente que el desenlace sea bueno.

LXI.

En la extrema flaqueza, que fué el resultado de una larga enfermedad, tuve varias veces la tentacion de acabar con mi vida; me detuvo la vejéz de un padre que me amaba tiernamente; pensé menos en la fuerza que tenia para darme la muerte, que en la que le faltaba á aquel para soportar un dolor semejante. Con-

seguí conmigo el vivir; alguna vez hay valor para soportar la vida. Los principios filosóficos, sobre los quales se fundaba mi valor, produxeron en mí el efecto de los remedios. Los consuelos honrados son remedios en efecto: todo lo que eleva al alma, fortifica al propio tiempo el cuerpo. Mis estudios me salvaron. Á la filosofía es á quien atribuyo mi restablecimiento ó mi convalecencia; yo la debo la vida; y ésta es la menor de las obligaciones de que la soy deudor. Las exhortaciones, los cuidados, la conversacion de mis amigos, son tambien consuelos y alivios, que han contribuído mucho á la recuperacion de mi salud. En efecto, nada consuela ni sostiene tanto á un enfermo,

como el afecto de sus amigos; nada le hace tanta ilusion acerca de la espera y los temores de la muerte. En dexandoles sobrevivirme, me parece que yo no moriré; yo soñaría que vivia, si no con ellos, á lo menos por ellos; yo no creería rendir el alma, sino transmitirsela.

LXII.

La cama misma puede hacerse un teatro para la virtud. No es solamente con las armas en la mano, y en un campo de batalla donde pueden darse pruebas de un valor, al qual no puede abatir el temor; el hombre de corazon se manifiesta hasta sobre su almohada.

LXIII.

Un solo dia de un hombre instruído, decia Posidónio, es mas largo que la mas larga vida de los ignorantes.

LXIV.

Bastante diferencia hay entre una materia agotada, y otra tratada varias veces. Los materiales se acumulan todos los dias; los antiguos descubrimientos no sirven de obstáculo á los nuevos.

LXV.

La gloria es la sombra de la virtud; ella la acompaña hasta á pesar suyo. Pero así como la sombra, que tan presto precede, como sigue al cuerpo, del mis-

mo modo la gloria, algunas veces marcha delante de nosotros, y se muestra á las claras, y otras se queda detrás; y quando es la envidia la que la ha hecho ocultarse, es tanto mayor, quanto es mas tardía.

LXVI.

Habiendo Epicúro sobrevivido varios años á Metrodóro; en una carta donde se acuerda con gusto de la amistad que los habia unido, añade al fin: "que „ en medio de tantas rentas no „ se habian hallado mal con ha- „ ber sido desconocidos, hasta „ de nombre, á toda la Gre- „ cia."

LXVII.

Es nacer para poca gente el

mirar como todo su siglo, la gente que vive al propio tiempo que nosotros. Succederán millares de años y de pueblos, y hácia ellos es necesario extender vuestras miradas. Aunque los zelos impusiesen silencio á todos vuestros contemporáneos, vendrán jueces que os apreciarán sin hiel y sin parcialidad.

LXVIII.

La hipocresía sirve poco; el tinte ligero de una cubierta exterior, no engaña sino á pocas gentes. La verdad, de qualquier lado que se la mire, es siempre la misma. La falsedad, no tiene consistencia; la mentira, es transparente; con atencion puede verse de medio á medio.

LXIX.

Dexa ir los beneficios, aun quando jamás vuelvan. El descubrimiento de un hombre reconocido, no se paga demasiado con un ensayo sobre algunos ingratos.

LXX.

No encuentro á nadie que mas respete la virtud, ni que la sea mas afecto, que aquel que renuncia la reputacion de hombre de bien, por no hacer traycion á su conciencia.

LXXI.

Como las preocupaciones de los individuos han formado la preocupacion pública, la preo-

cupacion pública forma á su turno la de los individuos.

LXXII.

No hay aborrecimiento mas dañoso, que aquel que produce la vergüenza de un beneficio que nos hace insolventes.

LXXIII.

El amor de sí mismo, y el deséo de la propia conservacion, son sentimientos inherentes al hombre, así como la repugnancia á la disolucion, que parece nos arrebata una tropa de bienes, y nos saca de este círculo de objetos, á los quales estamos acostumbrados.

LXXIV.

Tanto miedo se tiene á no

estar en parte ninguna despues de la muerte, como al estar en los infiernos.

LXXV.

Si se me creyera, desterrarian esta ciencia futil, que llaman dialéctica, á cuya sombra, y con cuya ayuda, rodean de lazos á aquel á quien preguntan, para conducirle á declaraciones imprevistas, y á respuestas contrarias á su pensamiento. Es necesaria mas sencilléz quando se busca la verdad.

LXXVI.

El hombre debiera obrar siempre como si tuviera testigos de su conducta, y pensar como si pudiera verse el fondo de su corazon, y esto es realmente posible.

LXXVII.

La embriaguéz enciende, y descubre todos los vicios; ella aparta la vergüenza, que es el principal freno de los proyectos criminales; en efecto, mas gentes se abstienen del mal por la vergüenza de pecar, que por amor á la virtud. Quando la violencia del vino se hace sentir en el alma, hace salir todos los vicios que estaban enterrados en ella: la embriaguéz no los hace nacer, sino que los manifiesta.

LXXVIII.

Nosotros debemos imitar á las abejas, y separar, como ellas, todo lo que hemos recogido de nuestras diferentes lecturas. El

método es el principal agente de la memoria: de muchas ideas juntas, no formemos sino un solo cuerpo de doctrina, á fin de que si perciben de dónde se tomaron, perciban al mismo tiempo, que ya no son tales como se tomaron. Tal es la marcha que debe seguir nuestro entendimiento: es menester que oculte todos los socorros prestados, para no dexar ver sino el uso que ha hecho de ellos.

LXXIX.

La ambicion no conoce límites: ella teme tanto el ver á alguno delante de ella, como detrás.

LXXX.

Los vicios no se domestican

jamás de buena fe. Mas facil es oponerse á que nazcan, que no el contenerlos quando han echado raíces.

LXXXI.

Quando la fortuna favorece á ciertas gentes, es como si una moneda cayera en las letrinas.

LXXXII.

El mayor suplicio de los delitos, está en ellos mismos: no hay necesidad de entregarlos á la prision, ni al verdugo; luego que se cometen, reciben su castigo.

LXXXIII.

Lo que un solo pueblo ha arrebatado á todos, es mas facil á todos el arrebatarlo á uno solo.

LXXXIV.

El saber temer, y el saber desear, son dos ciencias, sin las quales, todo lo que se sabe, es inútil.

LXXXV.

Indagar quién era mas antiguo, Homero ó Hesiodo, es tan poco importante, como el saber si Hecuba era mas chica que Helena, y por qué ésta pareció de mas edad que la que tenia. Es menester saber estas inutilidades quando quieren saberse muchas cosas.

LXXXVI.

Hay una especie de destemplanza en querer saber mas que lo que exîge la necesidad. Las

vanas indagaciones hacen á los sabios insoportables, loquaces, importunos, y poco aplicados á aprender lo necesario, quando están bien proveídos de lo superfluo. El gramático Dídimo ha escrito quatro mil volúmenes. Estos libros están consagrados, los unos, á inquirir quál fué la patria de Homero; los otros, quién fué la madre de Enéas: en estos exâmina si Anacreón era mas dado á las mugeres, que al vino; en aquellos, si Sapho era una Cortesana pública; así que otras muchas qüestiones de este género, que sería bueno olvidarlas, si se supieran. ¡Venid ahora á decirnos que la vida es corta!

LXXXVII.

Estudia, no para saber mu-

cho, sino para saber mejor que los otros.

LXXXVIII.

La virtud no entra sino en un alma cultivada, ilustrada y perfeccionada con un exercicio continuo: nosotros nacemos para ella, pero no con ella. Los hombres que con mas dicha nacieron, tienen antes de la instruccion disposiciones para la virtud, pero no son virtuosos.

LXXXIX.

Todo lo que se quiere se puede, quando se sabe que no se quiere sino lo que se debe.

XC.

Nacemos desiguales, pero morimos iguales. El autor de las

leyes comunes á todo el género humano, no ha establecido las distinciones del nacimiento y de las clases, sino por el tiempo en que vivimos: quando se llega al término fatal, él dice á la ambicion, que desaparezca; y quiere que quanto pesa sobre la tierra, sufra la misma ley.

XCI.

Alexandro comenzó á estudiar la geometría; esta ciencia abstracta, y que pide la mayor retentiva de entendimiento, le parecia penosa: "Enseñame, decia, cosas mas fáciles. Ellas son para vos, como para los otros, le respondió su maestro, igualmente dificiles, que para todo el mundo." Ve ahí el lenguage que nos tiene la naturaleza:

los sucesos de que os quejais, dice ella, son los mismos para todos; es imposible suavizar su amargura, aunque sea para quien sea; pero cada uno lo puede hacer á costa suya.

XCII.

No hay hombre rico que sea tan dichoso con lo que tiene, como desgraciado con lo que no tiene.

XCIII.

¿De qué le sirven á tal hombre ochenta años pasados en la inaccion? Esto no es haber vivido, sino haber atravesado la vida; esto no es haber muerto tarde, sino haber estado muerto largo tiempo. Por las acciones, y no por el tiempo, es me-

nester medir la vida. Él ha vivido ochenta años : dí que ha exîstido ochenta años ; á menos que no entiendas que ha vivido , como dicen que los árboles viven.

XCIV.

Una cosa inútil es demasiado cara , aunque no cueste mas que una vagatela.

XCV.

El hombre trae al nacer las semillas de todos los sentimientos honestos : las advertencias los desenvuelven , así como un soplo ligero extiende los fuegos de una chispa.

XCVI.

Las leyes no persuaden , por-

que amenazan; en vez que los preceptos son mas propios para persuadir, que para amedrentar. Tienen todavía mas eficacia que los castigos, y penetran mas adentro del alma, porque la razon socorre á los preceptos; porque dice, por qué debe hacerse cada accion; y por qué manifiesta la recompensa destinada al que en la práctica se conforma á estos preceptos: son una especie de edictos, que contienen y encadenan nuestras pasiones.

XCVII.

Veréis por todas partes que los estados que no tienen buenas costumbres, es por haber tenido malas leyes.

XCVIII.

Nada hay mas propio para hacer una alma honesta, para fixar sus incertidumbres, para enderezar las propensiones viciosas, que la comunicacion de las gentes de bien; sus discursos, su simple vista, tienen una influencia que se hace sentir hasta el fondo de los corazones, y suplen por preceptos. El solo encuentro de los hombres virtuosos, es una ventaja real; siempre se saca provecho de un grande hombre, aunque no hable. No me sería facil explicaros por qué mecanismo yo me vuelvo mejor; pero sí siento, y conozco que lo soy.

XCIX.

En deteriorando á los otros,

uno mismo se hace mas malo: el mal se aprende, y luego se enseña.

C.

Ningun vicio está encerrado en sí mismo.

CI.

Una accion no puede ser recta, si la voluntad no lo es; porque la voluntad es el principio de la accion. Un amigo se está al lado de la cama de su amigo enfermo; nosotros lo aprobamos; pero si no tiene otras miras que la herencia, viene á ser un Buitre que espera un cadaver. Las mismas cosas pueden, pues, ser vergonzosas y honestas: la intencion y el modo son los que las caracterizan.

CII.

Formandonos la naturaleza de los mismos principios, y para el mismo fin, nos ha hecho hermanos: ella es la que nos ha inspirado una beneficencia mútua, y la que ha sido causa de nuestra sociabilidad: ella es la que ha establecido la justicia y la equidad; y en virtud de sus leyes, es mayor desgracia el hacer mal, que el recibirlo; y ella es la que nos ha dado dos brazos para ayudar á nuestros semejantes. Tengamos, pues, siempre en el corazon y en la boca este verso de Terencio: "Yo soy „ hombre, y nada de quanto in„ teresa á la humanidad me es „ indiferente." Nosotros tenemos un nacimiento comun: nuestra

sociedad es semejante á las piedras de una bóveda, cuyo mutuo apóyo la sostiene.

CIII.

Se engañan si miran como vicios propios de nuestro siglo, el luxo, el olvido de las costumbres, y los demas desarreglos que cada declamador imputa á la edad en que vive. Estos son los vicios de los hombres, y no de los tiempos.

CIV.

El crimen puede gozar de la impunidad, pero jamás de la seguridad. Con la insuficiencia de nuestras leyes, de nuestros jueces, de nuestros castigos, ¡qué desgracia sería para la humanidad, si los malos no tuvieran que

temer estos suplicios naturales y rigorosos; y si en defecto del arrepentimiento, el temor no se apoderáse de sus almas!

CV.

La vida, ni es un bien, ni es un mal; no es mas que el lugar del uno y del otro: morir, es dexar un juego de hazár, en el que hay mas que perder, que ganar.

CVI.

Hay inhumanidad, y no valor, en ver los funerales de sus inmediatos, con los mismos ojos que los verian ellos mismos; y en no sentirse con cierta emocion en el primer momento de separarse. Pero no hay que añadir á nuestro dolor, ni aumentarlo so-

bre el modélo de los otros. La ostentacion del dolor exîge mas que el dolor mismo : pocas gentes hay que estén tristes por sí mismas. Se gime con mas fuerza quando nos escuchan : mudos y tranquílos en la soledad, nos excitamos á nuevos despechos luego que aparecen testigos : entonces nos golpeamos la cabeza, mientras que pudimos hacerlo libremente quando no habia quien pudiera impedirlo : entonces se desea la muerte, se rueda sobre la cama del muerto; pero la calma renace en el momento que los expectadores desaparecen. La afliccion, como todo lo demas, es un negocio de moda : nos arreglamos á la multitud, y seguimos la costumbre mas bien que la obligacion.

CVII.

Olvidar sus parientes, enterrar su memoria con el cadaver, llorarlos con exceso, y acordarse bien poco de ellos; ve aquí los rasgos de un alma insensible. Una conducta semejante, es indigna de un hombre sabio: éste debe continuar acordándose, y dexar de llorar.

CVIII.

Bien lejos de que la multitud pueda tener un mismo parecer, cada uno de ellos no tiene uno solo.

CIX.

Á pesar de los motivos mas urgentes de morir, es menester recapacitar, con respecto á los

suyos, una vida destinada precisamente á los tormentos; es preciso detener su último soplo en el borde de los labios. Un hombre de bien debe vivir, no tanto como esto le conviene, sino tanto como la necesidad lo exîge. Aquel que no hace caso de su muger y de sus amigos para quedar algun tiempo mas en el mundo, y que se obstina en morir, es un hombre muy delicado. Es menester que el alma del sabio se mande sobre este punto, quando la utilidad de los suyos lo exîge; es necesario que renuncie el deséo de morir, que interrumpa tambien el sacrificio ya comenzado para entregarse á su familia. Hay cierta grandeza en volver á la vida por el interés de los otros; esto es lo que

freqüentemente han hecho algunos hombres célebres. Fuera de esto, hay humanidad en conservar cuidadosamente la vejéz; esta edad, cuyos frutos son mas abundantes, y la guarda menos penosa; esta edad, que hace un uso mas vigoroso de la vida, quando se sabe que ella es agradable, útil y deseable para alguno de los suyos. Por otra parte, este cuidado está acompañado de una alegría interior, que es su recompensa. ¿Qué cosa puede ser mas dulce, que el mirarse amado de su muger, para que uno se ame mas á sí mismo?

C X.

Sócrates respondió á un hombre que se quejaba de haber sa-

cado pocos socorros de sus viages: "No lo extraño, porque "viajabais con vos." ¡Qué dicha sería para bastantes gentes el poder perderse!

CXI.

No hay persona que no tenga bastante fuerza para dañar. Añadid, que no se puede uno hacer temer, sin temer uno mismo, ni ser formidable con seguridad.

CXII.

El castigo se sufre quando se espera, y se le espera quando se le teme.

CXIII.

Hay leyes que son justas, no quando son observadas por to-

dos, sino quando han sido hechas para todos.

CXIV.

Las mismas cosas se escuchan con menos atencion, y hacen menos impresion quando se dicen en prosa: luego que la rima se une á ellas, que un pensamiento brillante se encierra en una medida fixa, hiere como la piedra arrojada con la honda.

CXV.

Si no me abstengo, á lo menos me contengo: lo que toca bien de cerca á la abstinencia, puede ser que sea lo mas dificil. Sucede con los hábitos, que es mas facil dexarlos, que arreglarlos.

CXVI.

No hay hombres que hagan mas daño al género humano, que aquellos que han aprendido la filosofia como un oficio lucrativo, y que viven de otro modo que enseñan á vivir: ellos mismos se dan por exemplo de la inutilidad de su ciencia, estando sujetos á todos los vicios, contra los quales se elevan.

CXVII.

Los que son inútiles á los otros, no lo son á ellos mismos.

CXVIII.

La superticion es un error insensato: ella teme á los que deben amarse, y ultraja á los que adora. ¿Qué diferencia, pues,

hay entre negar la exîstencia de los dioses, y disfamarlos?

CXIX.

Antes de prestar, nos informamos con cuidado de la fortuna y de los bienes del que pide: no queremos correr el riesgo de sembrar en un terreno estéril y agotado; pero en quanto á los beneficios, ningun cuidado ponemos; no se les coloca con discernimiento, sino que se arrojan á la ventura; y así no debemos quejarnos luego, si no recogemos el fruto, porque éste estaba perdido en el mismo instante que dispensamos á ciegas el beneficio.

CXX.

Si encontramos muchos in-

gratos, nosotros aumentamos todavía mas su número. ¿Se puede tener reconocimiento á un beneficio mas bien arrancado con violencia, que concedido; á un beneficio que hemos dexado caer desde lo alto de nuestro orgullo, que hemos tirado con cólera, ó acordado con fatiga, por librarnos de un importuno? No hay que esperar recompensa de un hombre cansado de nuestras dilaciones, ó atormentado de esperar.

CXXI.

Retardar los beneficios, es haberlos rehusado antes mucho tiempo.

CXXII.

La marca de las injurias es

mas profunda que la de los servicios; estos se borran bien presto, mientras que la memoria conserva fielmente las primeras. Los servicios mal hechos, son mal pagados: un beneficio es atendido segun ha sido dispensado. ¿Qué puede esperarse de un hombre á quien se ofende al mismo tiempo que se le hace bien? Bastante pagado queda un beneficio semejante con perdonarlo.

CXXIII.

Por mas que la fortuna eleve á un hombre, siempre le dexa tantos males que temer, como los que le pone en estado de hacer.

CXXIV.

Tanta debilidad hay en hacer mal, como en permitirlo.

CXXV.

Qualquiera que desprecia su vida, es dueño de la vuestra.

CXXVI.

La propiedad de un alma grande y virtuosa, es el mirar menos el fruto de los beneficios, que los beneficios mismos, y el buscar todavía un hombre de bien entre la tropa de los malos. ¿Qué mérito habría en ser bienhechor, si jamás fueramos engañados? La virtud consiste en repartir los beneficios que no han de volver; pero de los quales recoge el fruto en aquel momen-

to que los dispensa, el hombre bienhechor y generoso.

CXXVII.

Es falso que sea preciso perder un gran número de beneficios, para acertar una sola vez á colocarlos bien: ninguno se pierde. La pérdida supone un cálculo, y la beneficencia no calcúla: ésta no hace otra cosa sino anticipar fondos; si estòs le entran, es una pura ganancia; y si no entran, no hay pérdida.

CXXVIII.

¡Á quántos hombres ha faltado la amistad antes que los amigos!

CXXIX.

Yo no gusto de aprender si-

no para enseñar; y el mas bello descubrimiento dexaría de agradarme, si no fuera sino para mí. No, yo no querria la sabiduría misma con la condicion de tenerla encerrada en mí mismo. La posesion no es agradable sino en tanto que la repetimos.

CXXX.

Me preguntais, ¿qué progresos he hecho? Yo empiezo á ser el amigo de mí mismo. Ved aquí sin duda un gran paso: jamás será solo; el amigo de sí mismo, es el amigo de todos los hombres.

CXXXI.

Los discípulos de Sócrates le ofrecian presentes proporcionados á sus facultades. Su discípulo Es-

quïnes, que era pobre, le dixo: Yo no tengo nada que sea digno de seros ofrecido, y solo en esto conozco mi pobreza: yo os doy, pues, el solo bien que poseo, que es yo mismo. Este presente, tal que él es, os suplíco no lo desdeñeis; y que penseis, que si los otros os dan mucho, mucho mas les queda. ¿Y por qué le dixo Sócrates, no será considerable, á menos que no os estimeis bien poco? Yo cuidaré de entregaros á vos mismo mejor que os he recibido.

CXXXII.

Se aborrece al rico, y se le hace la corte: su conducta es odiosa á aquellos mismos que le imitarían si se halláran en su posicion.

CXXXIII.

Al rededor de los hombres opulentos se ve un monton de amigos; al rededor de las gentes arruinadas, una vasta soledad. Los amigos se dispersan en el momento de la prueba; de aquí resultan, por el temor, tantos amigos traydores ó desertores. Es preciso que el fin corresponda al principio. Atado por interés, se hallarán alguna vez motivos para romper, así como se encontraron otros que los de la amistad, para empeñarse.

CXXXIV.

La timidéz, presagio felíz en un jóven, viene como lo colorado del rostro, que es el efecto, no de la debilidad del alma,

sino de la novedad de los objetos, y de la falta de experiencia. Ella produce en el hombre, si no un sacudimiento total, una emocion á lo menos pasagera, ayudada de la disposicion natural del cuerpo. Ni la razon ni el hábito pueden nada contra tales emociones: son independientes; vienen sin llamarlas, y se van sin echarlas. Mirad las pantomimas; ellas saben imitar las pasiones, explicar el temor, el espanto y la tristeza; por lo que hace á la vergüenza, no pueden sino indicarla; una voz baxa, unos ojos fixos en el suelo, ved ahí todos sus recursos para el efecto: en vano trataría de hacer salir los colores á la cara; tan imposible es el procurarlo, como el impedirlo.

CXXXV.

Ninguno de todos aquellos que hablan mal de la muerte, ha hecho la prueba de ella.

CXXXVI.

La mas decente especie de desposorios que hoy hay, es el adulterio: hecho celibato por una viudéz de convencion, no se tiene sino la muger que se ha quitado á otro. Se disipan los bienes agenos, se reparan las pérdidas con nuevas rapiñas: no hay vergüenza, ni hay freno. La pobreza es un objeto de desprecio en los otros, y la mayor desgracia para sí mismo: la paz es turbada por la injusticia; el flaco es aplanado por la violencia y el temor. Que las Provin-

cias sean saqueadas, que la justicia venal sea puesta á la puja, no debe sorprehendernos: el derecho de gentes permite vender lo que se ha pagado.

CXXXVII.

El vicio queda, y quedará siempre en el mismo punto, excepto algunas variaciones que tenga hácia acá ó hácia allá: con él sucede lo que con las olas del occéano, que el fluxo las lleva mas allá de las orillas, y el refluxo las hace entrar en su seno.

CXXXVIII.

Es menester hacer bien sin la esperanza del retorno, á aquellos que se presume serán ingratos, y se sabe tambien que lo han sido. No hacer ya beneficios,

porque no los han vuelto, es haberlos hecho para que volviesen; esto es justificar á los ingratos, porque al fin á ellos no les es vergonzoso el no desempeñarse, porque les es permitido el no hacerlo.

CXXXIX.

Siempre se da tarde, quando se da despues de la peticion; es menester adivinar la voluntad, prevenir la necesidad, y socorrer y aliviar al hombre honrado de la pesada carga de pedir. Nada hay mas caro que lo que cuesta súplicas.

CXL.

De todos los objetos de nuestros terrores, es el mas poderoso aquel que tiene mas quadros

que mostrar. El hambre, la sed, la pulmonía, la calentura ardiente, son males tambien graves; pero no se les ve, no tienen cortejo, ni escolta: los otros son como aquellos grandes exércitos, cuya sola vista decide la victoria.

CXLI.

Este encadenamiento necesario, esta succesion eterna, de donde resulta la fatalidad, es el emblema de nuestros deseos: el fin del uno, es el nacimianto del otro.

CLXII.

La mayor parte de los bienhechores contemporiza por vanidad, y para no disminuír el número de los pretendientes: tales son los Ministros depositarios de

la autoridad real. Embriagados del largo espectáculo de su orgullo, creerian tener menos poder, si no lo manifestáran á cada uno, freqüentemente, y en varias ocasiones. Jamás conceden al instante, ni de una sola vez. Hacen el mal con aspereza, y el bien con lentitud.

CXLIII.

M. Allio, antiguo Pretor, hombre sin conducta, suplicó á Tiberio le ayudase á pagar sus deudas. El Emperador le pidió una nota de ellas: esto no es dispensar una liberalidad, sino formar una asamblea ó concurso de acreedores. Puso al pie de la nota la órden de pagar su importe al libertino Allio. Con esta expresion injuriosa le alivió así

del peso de sus deudas, como del del reconocimiento, libertándole de los accreedores, sin hacerselo adicto. Sin embargo, Tiberio podia tener un fin, y sería el de que no le importunasen con semejantes peticiones: puede ser que esta conducta fuese propia para reprimir por la vergüenza la insaciable codicia de los Romanos. En materia de beneficios, es necesario seguir un camino bien diverso: el de Tiberio no fué bueno, fué una nota de infamia; y por decir de paso lo que yo pienso sobre esto, me parece indecente en un Príncipe el dar ajando. Aun no pudo, como se habia lisongeado, librarse por eso de importunos: poco tiempo despues encontró gentes que le hicieron la misma súplica; pero los

obligó á presentar los motivos de sus deudas en pleno Senado, y no les dió el dinero sino con esta condicion.

Ésta no es una liberalidad, sino una censura: no es un socorro saludable, sino una limosna de Príncipe. Yo no llamo beneficio á un don de quien no puedo acordarme sin vergüenza: ¡me ha sido necesario para obtenerlo comparecer ante un Tribunal, y he litigado mi causa!

CXLIV.

Quando se es virtuoso por casualidad, no hay seguridad de serlo siempre. Suponiendo que un hombre semejante haga hasta lo que debe, no lo hará continuamente, y no lo hará del mismo modo, porque no conoce los

motivos que le determinan á obrar así. La casualidad y el hábito sacarán de él alguna accion honesta; pero nada habrá que le asegure, que lo que ha hecho es honesto.

CXLV.

Nuestros deseos no tienen objeto; el hombre no sabe lo que quiere, sino en el momento que quiere: ninguno de ellos se decide de antemano á querer ó no querer. De un dia á otro las ideas cambian y se contradicen, y para la mayor parte de los hombres, no es otra cosa la vida sino un juego de hazár.

CXLVI.

Es necesario alguna vez engañar á quien se hace bien, de

manera que él gocé del beneficio sin conocer al autor, y que encuentre antes de recibirlo el socorro que necesita. ¡Qué! ¿dirás, mi amigo no ha de saber quién le ha hecho bien? Sí, que lo ignore, si esto es parte del beneficio. Fuera de que, quando él no supiera que ha recibido, yo sé siempre que he sido yo quien ha dado. ¡Triste ventaja! dirás aún. Muy bien, si quieres poner á interés; pero si no quieres sino dar, darás del modo mas útil para aquel que beneficias: tu propio testimonio te bastará; de otra manera no eres sensible al placer de hacer bien, sino al de parecer haberlo hecho.

CXLVII.

El convenio tácito entre el bienhechor, y el que recibe es, que el uno olvide al instante, que ha dado; y el otro no olvide jamás, que ha recibido. Al que ha recibido toca hablar, y callar al que ha dado: sin lo qual, se le podria aplicar lo que decia un hombre á otro que se gloriaba de haber dado: ¿Negarás que te he vuelto el beneficio? ¿Quándo? Freqüentemente, y en todas partes; tantas veces, y en tantos lugares como lo has publicado.

CXLVIII.

El exceso de la beneficencia es tan vicioso, como su defecto. Alexandro hizo el presente de un Pueblo á un simple particular.

Éste, haciéndose justicia, y queriendo evitar lo odioso de un beneficio semejante, respondió: que un presente de aquella importancia, no era proporcionado á su fortuna. "Yo no exâmino, le di„xo Alexandro, lo que te con„viene recibir, sino lo que me „conviene dar." Hallan heroyco y sublime este dicho, y es el dicho de un loco. No hay conveniencia absoluta: ella es siempre relativa á la cosa, á la persona, á los tiempos, á los bienes, á los motivos y á las circunstancias; sin las quales el carácter de la accion queda indeciso.

CXLIX.

Lo que jamás hubieras descubierto por tí mismo, te lo enseña la pobreza: ella sabrá es-

coger tus verdaderos amigos, y disipar aquellos que buscaban en tí otra cosa que á tí mismo.

C L.

"Creeme, dice Epicúro, una „mala cama, y un mal vesti- „do, dan á un discurso una gran- „deza mas respetable." En este estado, hacen mas que hablar, porque prueban. Por lo que á mí hace, las palabras de Demetrio me hacen otra impresion muy diferente, despues que he visto á este grande hombre desnudo, y tendido sobre la paja; ya no es para mis ojos el intérprete, sino el martir de la verdad.

C L I.

El haber recibido lo que no es uno dueño de rehusar, no cons-

tituye obligacion. Para saber si yo consiento, se me ha de dexar libre para no consentir. Sin embargo él te ha dado la vida. ¿Qué me importa lo que me dan, si el consentimiento no es recíproco? No eres mi conservador por haberme conservado.

CLII.

Jamás es uno tan estimado de otro, como de sí propio.

CLIII.

La piedra pasa freqüentemente al lado de los campos del malvado, para ir á destruir las cosechas del hombre de bien.

CLIV.

No hay ley que especifique lo que es un ingrato: freqüen-

temente lo somos, aunque hayamos pagado el beneficio: amenudo somos reconocidos, sin haberlo pagado. La ingratitud es un vicio, del qual no deben conocer los Tribunales. Si cito en justicia al hombre ingrato, si imploro al Juez contra él, como en virtud de una obligacion pecuniaria, ó de un contrato; éste no es ya un beneficio, que es un crédito. El hombre reconocido no será mas laudable, que aquel que entrega un depósito, ó que paga sus deudas, sin dexarse asignar. En una palabra, no habrá mérito en ser reconocido, si no hay seguridad en ser ingrato.

CLV.

Las Epístolas de Cicerón no dexarán perecer la memoria de

Ático. Ni su hierno Agripa, ni Tiberio, marido de su nieta, ni Druso, su biznieto, no habrían servido mucho para su gloria. Entre estos nombres ilustres, el suyo no sería citado, si Cicerón no le hubiera como asociado á su inmortalidad.

CLVI.

Todos los hombres que la fortuna ha producido sobre la escena, de quienes ha hecho los apoyos y los instrumentos del poder de otro, todos han tenido en vida crédito y aduladores. Murieron, y su memoria, despues de ellos, se ha desvanecido bien presto; pero la gloria de los hombres de ingenio va creciendo siempre: los homenages de la posteridad no se ciñen á

ellos solos, sino que resaltan tambien sobre todos los nombres unidos á su memoria.

CLVII.

Hay peligro en hacer notorios los crímenes. La vergüenza disminuye á medida que crece el número de los culpados: un vicio general dexa de ser un oprobrio.

CLVIII.

El ignorar que el adulterio con un solo amante no es mas que un matrimonio ordinario, es una simpleza digna del tiempo antiguo.

CLIX.

¿Dónde está el hombre bastante grande, para que la fortu-

na no le ponga en el caso de necesitar hasta de los mas pequeños?

CLX.

No es un sentimiento servil el que hace comprar una buena accion, á trueque de pasar por criminal.

CLXI.

Nada es mas facil que el apartarse de las ocupaciones quando se desprecia su salario. Este salario es el que nos para y detiene. Ve aquí lo que el hombre dexa con disgusto: si detesta el trabajo, bien ama su producto: la ambicion es una dama con quien riñes: no te engañes; tú te enfadas con ella, pero no la aborreces.

CLXII.

Nadie es mas noble que otro, sino quando se tienen mas virtudes y talentos. Todos esos hombres, cuyos vestíbulos están adornados de retratos, de una dilatada série de nombres, de largas genealogías, tienen mas bien ilustracion, que nobleza.

CLXIII.

No hay hombres mas dispuestos á oprimir los otros, que los que han aprendido á hacer ultrages á fuerza de recibirlos.

CLXIV.

La virtud es tan bella, que los malos mismos no pueden dejar de aprobar las acciones virtuosas. ¿Quál es el hombre, que

en medio mismo de sus crímenes y de sus injusticias, no aspire á la reputacion de hombre de bien; y que no oculte con alguna apariencia de honradéz sus acciones mas criminales? No se conducirían de esta manera, si el amor de la pura virtud no nos obligára á buscar una reputacion que desmienta nuestra conducta, y á ocultar una maldad que nos avergüenza, aunque deseemos sus frutos. Nadie está tan apartado de la ley natural, tan despojado del carácter de hombre, que quiera ser malo por solo el placer de serlo. Pregúntese á esas gentes que viven de la rapiña, si no quisieran mas bien obtener por medios honrados los objetos que se procuran á fuerza de latrocinios. El ladron del camino

real, que gana su vida asesinando á los pasageros, quisiera mucho mejor encontrarse la misma suma, que robarla.

En una palabra, no se hallará persona que no quiera mejor gozar el fruto de la maldad, sin la maldad misma.

Una de las mayores obligaciones que debemos á la naturaleza es, que la luz de la virtud penetre en todas las almas: aquellos mismos que no la siguen, la ven por fuerza.

CLXV.

El deleyte está al canto del dolor; y cae en él si no se tiene y conserva el mas justo equilibrio.

CLXVI.

El hombre no cae de una vez en la muerte; se adelanta hácia ella paso á paso. Cada dia morimos; cada dia nos lleva una parte de nuestra vida, y nuestro mismo crecer, no es mas que un menguar de vida. La última gota que cae, no es, sino las precedentes, la que dexa vacía una clepsidra (relox de agua ó arena); y así, el dia en que se dexa de vivir, no forma la muerte, sino que la consuma; se llega al término, pero se estaba en camino mucho tiempo habia. Hay mas de una muerte; la que nos lleva es la última.

CLXVII.

Supon aislado al hombre:

¿qué es? la presa de todos los animales; la víctima mas débil, y la mas facil de inmolar. Feble y desnudo, la sociedad le da toda su fuerza. La naturaleza le ha suministrado recursos, que le hacen, aun siendo de todos los animales el mas expuesto á todo ataque, el mas robusto; los quales son la razon y la sociedad. De este modo un ser que, tomado separadamente, hubiera sido abatido por todos sus adversarios, se ha hecho el soberano de la tierra: la sociedad le ha dado el imperio de todos los animales. Nacido para la tierra, la sociedad le ha sometido un elemento opuesto á su naturaleza, y lo ha hecho dueño de las mares. La sociedad es la que repele los ataques de la enfermedad,

la que procura socorros á la vejéz, y consuelos al dolor; y ella es la que nos inspira valor contra los asaltos de la fortuna. Si la sociedad se destruye, se rompe la unidad del género humano, que es su único apóyo.

CLXVIII.

El reconocimiento y la ingratitud no pueden fundarse sobre el mismo principio; sus intenciones deben ser diversas, así como sus acciones. Somos ingratos contra nuestro deber, por interés; y somos reconocidos contra nuestro interés, por nuestro deber.

CLXIX.

Mas vale hacer bien á los malos en favor de los buenos,

que privar de él á los buenos por causa de los malos.

CLXX.

Calbisio Sabino, con los bienes de un esclavo ya libre, tenia su mismo carácter. Su memoria era tan escasa, que olvidaba los nombres de Ulises, de Aquiles y de Priamo; y sin embargo tenia la manía de ser sabio. Véase aquí el expediente que imaginó. Compró á mucha costa dos esclavos, para retener el uno á Homero, y el otro á Hesiodo: los poétas líricos eran otros tantos departamentos, asignados á nueve esclavos. Con esta recluta, se mete á fatigar á sus convidados. Quando queria citar un verso, encontraba á sus pies á quien preguntarlo. Pero

la desgracia era, que, en medio de la citacion, freqüentemente le faltaba la memoria. Satelio Quadrado, uno de aquellos que viven á expensas de los ricos necios, que les sonrien, y se burlan de ellos, le aconsejó que comprase todavía esclavos para que recogiesen las migajas de su memoria. No menos que de buena fé creyó nuestro rico saber todo lo que sabian en su casa. La sabiduría no puede prestarse, ni comprarse; y si se vendiera, dudo que hallase compradores: la venta de la locura es mas segura y cierta.

CLXXI.

Las leyes protegen á aquellos mismos que las han quebrantado. Hay bienes que nadie ob-

téndria, si todo el mundo no tuviera parte en ellos.

CLXXII.

En la carrera de las dignidades, la nobleza les vale algunas veces á las gentes sin fama el ser preferidas á hombres de mérito, pero nuevos.

CLXXIII.

No sin razon han hecho sagrada la memoria de las virtudes. Mas placer hay en ser hombre de bien, quando la memoria de los servicios no muere con el que los ha contraído.

CLXXIV.

No hay ligereza en volver de un error que se comete y detesta. Es menester confesar in-

genuamente, que no se ha visto bien, y que nos hemos engañado. El persistir en igual caso, es efecto de un necio orgullo.

CLXXV.

Pocos padres llegan á la edad en que verdaderamente se goza de los hijos; los otros no sienten sino la carga de ellos.

CLXXVI.

Me parece que el momento de morir hace al hombre mas fuerte que su cercanía. La presencia de la muerte, y la imposibilidad de substraerse de ella, son, hasta para el mismo vulgo, motivos de resignacion; y asi, el gladiator mas cobarde, durante el combate, entrega el cuello al

vencedor, y él mismo guia al incierto acero. Pero la idea de una muerte lenta é inevitable, exîge un valor sostenido, mucho mas raro, y del que solo el sabio es capáz.

CLXXVII.

Yo no sé quál es mas á propósito para darnos valor, ó el hombre que vuela á la muerte, ó aquel que la espera tranquilamente y sin turbarse. La audacia del primero no es á veces sino un movimiento de frenesí, ó un golpe de desesperacion: la tranquilidad del otro, supone principios firmes é inalterables. Basta la cólera para empujar á un hombre hácia la muerte: para introducirla con gusto quando ella viene, es necesario haberse

preparado muy de antemano para recibirla.

CLXXVIII.

Para un Rey, apenas hay diferencia entre rehusar el darle, ó recibir de él: estas dos repulsas son iguales á sus ojos.

CLXXIX.

La inclinacion de la naturaleza inspira al hombre el amor de sí mismo, esto es, el deséo de evitar lo que es dañoso, y procurarse lo que es útil. Lo que sería generosidad, clemencia, compasion, si los otros fueran su objeto, no es mas que un sentimiento natural, quando se refiere á nosotros. Un beneficio es un acto voluntario: trabajar para utilidad propia, es un movi-

miento necesario. Uno mismo no se obliga á sí mismo; y no es menos imposible hacerse á sí propio un don, ó un préstamo.

CLXXX.

La ingratitud es el delito de las sociedades, así como de los individuos.

CLXXXI.

El modo mas sagáz de ofender es, quando hacemos que nos den gracias hasta del mal que hemos hecho.

CLXXXII.

Hay mil cosas, que sin prescribirlas las leyes, ni autorizarlas con alguna accion, son sin embargo de exîgir por el uso,

que es mas poderoso que todas las leyes.

CLXXXIII.

La perfeccion de la virtud consiste en la uniformidad, en la retentiva, y en la harmonía de la conducta.

CLXXXIV.

La obra está medio hecha quando está comenzada: esta máxîma es verdadera hasta en moral. Querer ser bueno, es serlo en gran parte.

CLXXXV.

No juzgues que un hombre es dichoso, porque tiene una corte numerosa. Nos juntamos al rededor del rico, como á la ori-

lla de un lago, para sacar algo de él, y enturbiarlo.

CLXXXVI.

¡Quántas cosas inútiles hay que aprender, que son, no obstante, buenas de conocer!

CLXXXVII.

El poéta Rabirio hace decir un dicho sublime á Antonio. Éste veía en otras manos su fortuna; no le quedaba mas poder, que el de morir, y aun era preciso que se apresuráse para verificarlo. "Yo no tengo, dixo, „sino lo que he dado." ¡Qué rico pudo ser, si hubiera querido!

Todos esos objetos que admirais, en los quales haceis consistir la riqueza y el poder, mien-

tras que los poseéis, son nombres despreciables; todo esto no es mas que casas, esclavos y escudos; quando los habeis dado, entonces son beneficios.

CLXXXVIII.

Á nadie eleva tanto la fortuna, que no tenga otra tanta necesidad de amigos, como menos necesidad de todo lo demas.

CLXXXIX.

Un bien que falta, hasta á los que todos los poseen, es un amigo que sepa decir la verdad; que arranque del harmonioso concierto de la lisonja á un grande embriagado con el tropel de los impostores, llevado hasta la ignorancia de lo verdadero por el

hábito de oír cosas dulces, en vez de cosas honestas.

CXC.

Los Príncipes han ignorado siempre sus propias fuerzas: creyendose así tan poderosos, como se lo persuadian, provocaron contra ellos guerras inútiles, capaces de arruinar sus Estados, y han perturbado una paz útil y necesaria. Arrebatados de una furia, que nadie detenia, han hecho correr rios de sangre, y han acabado derramando la suya. En queriendo vengarse de algun insulto quimérico; en mirando la clemencia como una vergüenza igual á la derrota, y en creyendo eterno un poder que jamás es mas vacilante que quando llega á su colmo, han hecho caer so-

bre ellos y su familia los mas vastos Imperios: no han comprehendido que sobre este teatro, decorados con un brillo vano y pasagero, debian atenerse á todos los infortunios, desde el momento en que la verdad dexó de poder llegar hasta ellos.

CXCI.

De este montón de substancias, que desaparecen de nuestros ojos para volver á entrar en el seno de la naturaleza, de donde salieron y saldrán todavia, ninguna está aniquilada. Todo cesa, y nada perece; esta muerte, que repelemos con espanto, no quita la vida, sino la suspende. Estas destrucciones aparentes, solo son mudanzas de las formas.

CXCII.

Los discursos consagrados á la verdad, deben ser simples y sin prevencion. Una arenga popular no tiene por base lo verdadero: no pide mas, sino mover la multitud, y arrastrar en su curso impetuoso el voto de los ignorantes. Los discursos del sabio deben ser como su paso, sostenidos y detenidos.

CXCIII.

Xerxes, detenido en el páso de las Termófilas, por trescientos Esparciatas, aprendió por su derrota la diferencia que hay entre un tropél de gente y un exército; pero mas confuso que inquieto por su pérdida, dió gracias al Lacedemonio Demaráto,

cuya prediccion se habia cumplido, de haber sido él solo quien le dixo la verdad, y le permitió pedirle lo que quisiera. Demaráto pidió el permiso de entrar en Sardes montado en un carro, con la tiara derecha en la cabeza; ésta era la prerogativa de los Reyes. Él merecia esta recompensa, si no la hubiera pedido. ¡Quánto compadezco á una nacion, en donde el solo hombre que dice la verdad á los Reyes, no sabe decirsela á sí mismo.

CXCIV.

El carácter de los Reyes, es sentir los muertos para ultrajar los vivos, y alabar el atrevimiento de decir la verdad, en los hombres de quienes ya no temen el volver á oírla.

CXCV.

Hay crímenes cuya vergüenza recae sobre aquel mismo que los castiga.

CXCVI.

Quando somos mas grandes que nuestros vecinos, somos grandes donde vivimos. La grandeza no es jamás absoluta: no crece ni mengua sino por comparacion: el mismo barco, en un rio, es un navío; y en la mar, no es mas que una barca.

CXCVII.

Trata á tus inferiores, como querrias te tratasen á tí tus superiores. Jamás pienses en tus derechos sobre un esclavo, sin pensar en aquellos que un amo ten-

dria sobre tí. ¿Ese hombre, á quien llamas esclavo tuyo, olvidas que está formado de los mismos elementos que tú, que goza del mismo Cielo, que respira el mismo ayre, y que vive y muere como tú? Algun dia puede verte esclavo, así como tú puedes verle libre. Para quitar á los amos lo odioso, y á los esclavos la humillacion de la esclavitud, dieron nuestros mayores á los primeros, el nombre de padres de familia, y á los segundos el de familiares, el qual tienen todavía en nuestros teatros. Hasta una fiesta se instituyó, en la qual los esclavos tenian el derecho de comer con sus amos, exercer empleos, hacer justicia en lo interior de la casa, que entonces se parecia á

una pequeña República. ¿Cómo, pues, admitiré yo á mis esclavos en mi mesa? Lo mismo que á todos los hombres libres. Pero la baxeza de las funciones no me hará desdeñoso: me decidiré por las costumbres, y no por los oficios. Las costumbres se las dá uno á sí mismo; y de los empleos, la fortuna dispone. Haz comer contigo á éste, porque es digno de ello; á aquel, para que lo sea. Los sentimientos que habrán adquirido en el trato de los esclavos, los borrará una sociedad mas honesta.

CXCVIII.

No digas á los Príncipes lo que quieren oir, sino lo que mas adelante hubieran querido oir siempre.

CXCIX.

Es una costumbre antigua de los Reyes, y de los que los imitan, el poner en el registro de amigos á todos los que componen un pueblo. Su loco orgullo une una idea de favor al derecho de entrar en sus casas, y hasta de tocar el umbral de su puerta. Es un honor el estar sentados lo mas cerca de esta puerta, meter el pie antes que los otros en lo interior de un Palacio, donde otras puertas están cerradas seguidamente para aquellos mismos á quienes las primeras estuvieron abiertas.

CC.

Alguno, para consolar á Rutilio de su destierro, le decia,

que la guerra civil no tardaría en encenderse, y que bien presto los desterrados gozarian la libertad de volver. ¿Qué mal te he hecho yo, respondió este grande hombre, para desearme un retorno mas horrible que mi huída? Mas quiero que mi patria se avergüence de mi destierro, que no que se aflija con mi vuelta.

CCI.

Mas vale que dos individuos sufran una injusticia, que no que el cuerpo de los ciudadanos experimente una calamidad pública.

CCII.

Quando un guerrero desea la gloria, desea la guerra.

CCIII.

Báxo un gobierno bueno, el Príncipe lo posee todo á título de Soberanía, y los ciudadanos á título de propiedad.

CCIV.

Es ser indiferente y poco sensible el necesitar de la vista de los parages para acordarse de un amigo ausente; pero puede suceder, que los países en donde se alegraba, despierten en nosotros la necesidad de su presencia, y que siempre viva, pero tranquíla en el fondo del corazon, su memoria nos remueva mas fuertemente en estos lugares. Así, despues de la muerte de un objeto amado, el dolor, aunque mitigado por el tiempo,

se renueva á la vista de su esclavo, de su casa, y de un vestido que llevaba.

CCV.

Nada hay mas comun, que el traspasar los límites de los otros; y nada mas raro, que el prescribírselos uno á sí mismo.

CCVI.

La comunidad entre amigos, no es lo mismo que entre asociados, los quales tienen, cada uno su parte distinta; sino como entre un padre y una madre, que teniendo dos hijos, no tiene cada uno el suyo, sino que tienen dos cada uno.

CCVII.

Un pitagórico habia compra-

do á un Zapatero un calzado de poco valor, sin llevar dinero consigo. Al cabo de algunos dias volvió á la tienda á pagarlo, y la encontró cerrada: llamó muchas veces, y nadie le respondió. Tú pierdes el tiempo, le dixo un vecino; el que buscais, murió, y se ha reducido á ceniza: es sensible para nosotros el perder para siempre á nuestros amigos; pero de ningun modo para tí, que sabes que él debe renacer. Este vecino se burlaba de la metempsicósis pitagórica. El filósofo volvió á llevar con gran gusto sus tres ó quatro dineros, haciendolos sonar de tiempo en tiempo; pero reflexîonando sobre el placer que le causaba esta ganancia casual, se echó en cara la alegría secreta que experimenta-

ba al verse dispensado de pagar, y así volvió á la tienda diciendo: "Él vive para tí, paga tu „ deuda." Entonces pór una raja de la puerta metió los quatro dineros en la tienda, para castigar su codicia, y para no acostumbrarse al bien ageno.

CCVIII.

Cicerón decia, que aunque le dieran doble tiempo, no tendria el suficiente para leer á los poétas líricos. Yo digo lo mismo de los dialécticos; estos son locos mas tristes: á lo menos los líricos pierden el tiempo de buena fé; pero los otros tienen la manía de creerse importantes.

CCIX.

El miedo aconseja siempre muy mal.

CCX.

Vuestra indulgencia puede atraer hácia vos á un amigo ingrato ; pero seguramente vuestras reconvenciones no le harán mejor. No endurezcas su frente; déxale la poca vergüenza que le queda : á menudo vemos que una fuerte reconvencion la hace desaparecer totalmente. No se teme ser lo que se parece : un hombre cogido en el hecho , pierde todo el pudór.

CCXI.

El beneficio es una especie de consagracion : bien puede sa-

lir mal, pero no por eso fué mal empleado. Si aquel á quien dispensamos un favor, no es lo que habiamos pensado; ¡ y bien! seamos los mismos que fuimos, y no le parezcamos.

CCXII.

Las informaciones son siempre en descrédito del superior; su reputacion siempre sufre.

CCXIII.

El sentimiento por la pérdida de los parientes, es un sentimiento natural, quando es moderado; pero la opinion va mucho mas lejos que las órdenes de la naturaleza. No hay animal que por mas tiempo conserve el sentimiento de sus hijos, que el hombre, y es porque nutre él

mismo el dolor, y se aflige, no á proporcion de lo que siente, sino de lo que quiere sentir.

CCXIV.

Nosotros nos miramos como seres privilegiados; pensamos haber tomado un camino mas seguro que los otros, y las desgracias agenas jamás nos sirven de advertencias.

CCXV.

El sentimiento de lo que ya no se tiene, nos hace injustos con lo que nos queda.

CCXVI.

Los funerales de los hijos, son siempre prematuros quando la madre asiste á ellos.

CCXVII.

El término de la vejéz es el mismo para todos los hombres, que para todos los animales. Jamás se muere demasiado presto, aun quando no se pudiera vivir mas largo tiempo que se ha vivido.

CCXVIII.

Nuestro general error es el no creer que nos acercamos á la muerte sino en la vejez, y en la declinacion de la edad, mientras que la infancia, la juventud, y los otros periodos de la vida conducen al mismo punto. La infancia es absorvida por la edad pueril; ésta, por la pubertad; la pubertad, por la juventud; y la juventud, por la vejéz. Calcúle-

se bien, y se verá que nuestros aumentos no son mas que pérdidas.

CCXIX.

Nadie querria la vida, si no la recibiera por sorpresa.

CCXX.

La cumbre de las grandezas es tambien su término. La caída está cercana, quando no hay mas progresos que hacer.

CCXXI.

No hay condicion tan despreciable, que no dexe esperanza de vengarse, hasta del hombre de dignidad la mas elevada: siempre somos bastante poderosos para hacer mal.

CCXXII.

Ordinariamente miramos como justas las pasiones que reconocemos en nosotros mismos.

CCXXIII.

No hay nadie que pueda absolverse totalmente: si uno se dice irreprehensible, es relativamente á los testigos, y no á su propia conciencia.

CCXXIV.

Aquel á quien la cólera hace mas valeroso, no lo sería sin ella: y así ésta no ayuda al valor, sino que lo suple.

CCXXV.

Para castigar los crímenes y los delitos, no se requiere un Juez

irritado. El hombre que castiga, debe estar tan tranquílo como la ley; porque el castigo no es útil, sino en quanto se aplica con discernimiento: de aquí, aquella sentencia de Sócrates á su esclavo: "Yo te golpearía, si no
" estuviera colérico."

CCXXVI.

No creas lo que dice el eloqüente Tito-Livio: "Era un al-
" ma mas bien grande, que vir-
" tuosa." Estas dos qualidades son inseparables. Es preciso, ó ser virtuoso, ó renunciar el ser grande.

CCXXVII.

El hombre de bien ve la prosperidad de los malos sin envidia, así como ve sus crímenes sin có-

lera. Un buen juez condena, pero no aborrece.

CCXVIII.

La vergüenza del crimen disminuye con la misma proporcion que se aumenta la audacia de cometerlo.

CCXXIX.

Todos los dias se prodigan elogios á acciones que son crímenes luego que pueden castigarse.

CCXXX.

Si os arrebatais contra los jóvenes y los viejos porque pecan, arrebataos tambien contra los niños, porque algun dia pecarán.

CCXXXI.

Los habitadores de las Zonas templadas, han sido casi siempre los dueños de los otros pueblos: al norte, y en los países frios, las almas son feroces, y como dice un poéta, semejantes á su cielo.

CCXXXII.

Sea frugál la vida de los niños, sus vestidos simples, y semejantes á los de sus camaradas. No nos ofendemos de las comparaciones, quando jamás nos hemos acostumbrado á las distinciones.

CCXXXIII.

Es menester guardarse á un mismo tiempo de alimentar en los

niños la cólera, y de embotar la punta de un felíz natural: esta doble atencion pide el discernimiento mas fino. En efecto, las virtudes, que es menester cultivar, y los vicios, que es preciso sofocar, se nutren freqüentemente de los mismos alimentos.

CCXXXIV.

Estímese mas vuestro educando, quando por sus acciones haya merecido vuestros elogios; pero no se llene por eso de orgullo: el orgullo sigue bien presto á la vanidad, y ésta á la presuncion.

CCXXXV.

La indulgencia que se tiene con los hijos únicos, y la libertad de que gozan los pupilos,

son manantiales inevitables de corrupcion. ¿Cómo un niño, á quien nada se ha rehusado jamás, cuya madre inquieta ha enjugado sin cesar las lágrimas, y que siempre ha tenido razon en frente de su maestro, podrá resistir á las ofensas? La cólera es siempre proporcionada á la fortuna; y se muestra sobre todo en los ricos, los nobles y los magistrados, luego que la prosperidad ha aumentado aun mas su vanidad natural. El bien estar, es el alimento de la cólera; sobre todo, luego que una tropa de aduladores no cesa de acariciar vuestros oídos soberbios, de repetir que no guardais vuestro lugar, que os comprometeis, y otros propósitos de esta naturaleza, á los quales un espíritu sabio, y proveí-

do de principios, tendría trabajo en resistir.

CCXXXVI.

La educacion pide el mayor cuidado, porque influye en toda la vida: nada hay mas facil, que amoldar un alma todavía tierna; y nada mas dificil, que arrancar los vicios que han crecido con nosotros.

CCXXXVII.

Es un vicio demasiado ordinario de la naturaleza humana, el creer facilmente lo que se oye con trabajo.

CCXXXVIII.

Conocida es la historia de

aquel Tirano, que habiendo sido preso antes de consumar su empresa, denunció, en el tormento que le hizo dar Hippias para saber el nombre de sus cómplices, á todos los amigos del Tirano que le rodeaban, y que sabía eran interesados en su conservacion. Hippias, despues de haberlos ido quitando la vida á todos, á medida que los iba nombrando, le preguntó, si quedaba todavía alguno: "Tú solo, respondió: yo no te he dexado sino á tí, á quien puedas ser estimable."

CCXXXIX.

Un Sibarita vió á un trabajador cabar la tierra, y levantar la azada con esfuerzo; se que-

jó de que este trabajo le fatigaba, y prohibió que se hiciese en lo succesivo en su presencia. Es menester haber llegado al ápice de la molicie, para que el trabajo de los otros no fatigue. El mismo hombre se quejaba de haberle incomodado los pliegues de las hojas de rosa, sobre las quales se habia acostado.

CCXL.

Mucho trabajo y fatiga cuesta á los otros el merecer se diga de ellos: Vé ahí un hombre muy sabio. Contentémonos con un título menos relevante, y dígase de nosotros: Mira un hombre de bien. ¡Qué, pasaré yo mi tiempo en recorrer los anales de todas las naciones para

buscar quién fué el primero que compuso versos! ¡Calcularé quánto tiempo medió entre Orfeo y Homero! ¡Exâminaré todas las notas de Aristarco, sobre las poesías de los otros, y consumiré toda mi vida sobre las sílabas! ¡He olvidado, pues, este precepto tan sabio, aprovecha el tiempo! ¡No aprenderé jamás á ignorar alguna cosa! Mas vale no saber nada, que saber futilidades.

CCXLI.

No hay filosofía sin virtud, ni virtud sin filosofía. La filosofía es la indagacion de la virtud, mas por el medio de la virtud misma: ahora, no se puede ni tener la virtud sin amarla, ni amarla sin tenerla. Quando que-

remos herir un objeto retirado, el tirador y el objeto pueden hallarse en sitios diferentes ; el camino que conduce á un pueblo, está fuera de él : no sucede esto con la virtud; por ella misma se vá á ella : la filosofía y la virtud están, pues, íntimamente unidas.

CCXLII.

Para ocuparse seriamente en pesar en qué consiste la esencia de las riquezas y de la pobreza, que es ser pobre ó rico, es menester estar bien ociosos. ¿No sería mejor quitar á la pobreza su amargura, y á las riquezas su orgullo, que disputar acerca de las palabras, como si todo estuviera compuesto con semejan-

tes cosas? Supongamos que nos envian á una asamblea, á la qual se lleva una ley para abolir las riquezas: ¿podremos acaso con vanos argumentos tomados de los estoicos ó de los peripatéticos, convencer ó disuadir?

CCXLIII.

¿Para qué hemos de indagar si Penelópe era poco casta, ó si sobre esto engañaba á su siglo? ¿si sospechaba, antes de estar asegurada de ello, que aquel que ella veía era Ulises? Enséñame lo que es pudór, y los bienes que él procura: si estriba en el alma ó en el cuerpo. Tú me enseñas como pueden acordarse las voces graves y agudas; como las cuerdas, cuyas resonancias son diferentes, pueden producir cier-

ta harmonía. ¡Eh! en las diversas facultades de mi alma, es en donde se necesita establecer la harmonía; en mis proyectos es donde es menester impedir la discordancia. Tú me enseñas quales son los tonos lastimosos, enséñame mas bien cómo se sofocan en la adversidad los acentos de la queja.

CCXLIV.

El que necesita riquezas, las teme; y este temor es el veneno del disfrutarlas. Ocupados en aumentarlas, nos olvidamos de hacer uso de ellas: á fuerza de recibir cuentas, de freqüentar la plaza, de ojear registros, venimos á parar en ser agentes de nosotros mismos.

CCXLV.

Todos los crímenes se dan por completos en quanto al delito, aun quando no hayan producido todavía su efecto.

CCXLVI.

Sobre el punto de recibir noticias de mis asuntos de Roma, no me he apresurado en inquirir su estado. Hace mucho tiempo que ya no hay para mí, ni pérdidas, ni ganancias. Yo debia tener este modo de pensar, aunque no fuera viejo; pero con mas razon en una edad que de lo poco que poseo me quedará mas, que camino por andar; sobre todo, hallándome en una carrera que no es necesario proveer-

la toda entera. Un viage es imperfecto en parando en medio del camíno, ó al lado de acá del término propuesto; pero la vida no es jamás imperfecta, quando es honesta: en qualquiera parte que se termíne, si se acaba bien, es completa.

CCXLVII.

El orador Coelio era muy colérico. Una noche cenaba con uno de sus Clientes, hombre de una paciencia sin límites, pero que conocia quan dificil le sería el evitar toda altercacion en semejante coloquio, y así tomó el partido de ser siempre de su parecer, y representar un papel subalterno en aquella escena. Coelio no pudo sufrir este humor acomodado, y le dixo: "Sabe,

„ pues, contradecirme, para que „ seamos dos."

CCXLVIII.

No se ama la patria por ser grande, sino por ser patria.

CCXLIX.

Los sucesos no son de la jurisdiccion del sabio: nosotros empezamos las cosas, y la fortuna las acaba.

CCL.

Las plegarias y los votos forman parte del destíno.

CCLI.

Llamar la muerte, es mentir.

CCLII.

La esclavitud mas incómoda de la grandeza, es la de no poder descender de ella.

CCLIII.

¿Hay cosa peor que un hombre que dexa escapar todos los beneficios, y no se reserva mas que las injurias? La sabiduría, al contrario, hermosea todos los servicios que ha recibido, y los hace mas relevantes á sus ojos: el acordarse de ellos la produce un contínuo deleyte. Los malos no tienen sino un momento de placer, y es quando reciben algun beneficio; pero ese mismo beneficio procura al sabio una alegría durable, y sin fin. No presta atencion á las injurias que le

han hecho ; las olvida , menos por inadvertencia , que por sabiduría: lejos de interpretarlo todo mal, ni aun busca á quien echar la culpa de los males que experimenta , y quiere mas bien atribuír á la fortuna los agravios que los hombres le han hecho. No calumnia , ni los discursos, ni los rostros ; alivia sus infortunios con explicaciones favorables , y se acuerda menos de la ofensa , que del beneficio : se mantiene lo mas que puede en la memoria mas agradable : no muda de sentimientos hácia sus bienhechores, sino despues de reiterados ultrages , y visibles hasta para los ojos mas débiles ; y todavía su mudanza se reduce á ser despues de la injuria , lo que era antes del beneficio. En efecto , quando la

injuria es igual al beneficio, queda todavía alguna beneficencia en el alma. Un acusado queda absuelto quando los votos de los jueces se empatan; y en un caso dudoso, la humanidad se inclina siempre hácia el partido de la benignidad: del mismo modo el sabio, si los servicios y los perjuicios son iguales, dexará de deber, pero no dexará de querer estar empeñado: hará como aquellos que pagan, no obstante, la abolicion de las deudas.

CCLIV.

Estúdio la filosofía. ¡Á buena hora! dirás. ¡Eh! ¿por qué no? ¿No es el colmo de la locura no aprender, porque no se ha aprendido? ¡Pero qué! ¿yo

voy á hacer el papel de estudiante y de jóven? ¡Pluguiese á Dios que esta desgracia, si acaso lo es, fuera la única de mi vejéz! Es preciso aprender, mientras se ignora, y tambien mientras se vive. Sabe, no obstante, que en la escuela á donde voy á instruírme, tambien enseño yo algo. ¿Tienes curiosidad de saber lo que enseño? pues es, que es preciso aprender hasta en la vejéz.

CCLV.

En el caso donde la injuria ha sobrepujado al beneficio, el hombre virtuoso busca el modo de alucinarse, añade al beneficio, y rebaxa á la ofensa. Pero un Juez menos rigoroso, como yo preferiría el serlo, olvidará la injuria

para no acordarse sino del beneficio. Sin duda es conforme á la justicia el dar á cada uno lo que le pertenece: á un beneficio, el reconocimiento; á una ofensa, la ley de Talión, ó á lo menos el resentimiento; pero esto no ha de ser sino en el caso en que la ofensa y el beneficio vengan de la misma persona. Si es el mismo hombre el que nos ha hecho el bien y el mal, el beneficio debe aniquilar la ofensa. Aun quando no hubiera habido beneficio anterior, habria sido preciso el perdonarle; pero si la ofensa viene despues de los beneficios, se le debe mas de un perdon.

CCLVI.

Me preguntais por qué afec-

to el preferir las máxîmas de Epicúro á las de nuestros filósofos; pero ¿por qué decís que son de Epicúro, y no del público? ¡Quántas palabras no hay en los poétas, que han dicho, ó debieron decir los filósofos, sin hablar de nuestras tragedias, ni de nuestros dramas mixtos, cuyo tono es grave, y el género medio entre el cómico y el trágico! ¡Quántos versos sublimes no se hallan prostituídos á farsantes! ¡Quántas sentencias, en Publio, mas dignas del Coturno, que del Borceguí! Pero otro es el motivo que todavía me mueve á citar los adagios de Epicúro. Esos hombres que no adoptan su filosofía sino para fines criminales, que la miran como una capa propria para cubrir sus vicios; aprende-

rán por ello, que en todas las sectas se verán reducidos á vivir honestamente. Llegando á la puerta de los jardines, leerán con enagenamiento esta inscripcion: "Pa-„ sagero, tú puedes quedarte „ aquí, el deleyte solo da aquí „ leyes." Bien presto el guarda de estos lugares se llega á ellos con un ayre afable de hospitalidad; les sirve harina desleída, y les presenta agua con abundancia. ¿No estais bien tratados? les dice: ya lo veis; aquí los manjares no irritan el hambre, pero la apaciguan; las bebidas no aumentan la sed, pero la apagan del modo mas natural y menos costoso. Ved aquí los deleytes, en los quales he envejecido. Ved aquí nuestros remedios contra las necesidades que

no dan presa á la razon, y que no se hacen callar, sino dandolas alguna cosa. En quanto á las necesidades que no están en el órden, que se pueden diferir, reprimir y ahogar, no las mireis como naturales é indispensables: vos no las debeis nada; vuestros gastos, si los haceis, son voluntarios. En vez de que el estómago no entiende la moral, él pide y grita; y sin embargo, es un acreedor poco executivo; nos desembarazamos de él á poca costa, siempre que le paguemos lo que se le debe, y no todo lo que se puede.

CCLVII.

Demócrito dice: "Un solo
„hombre es para mí el pueblo,
„y el pueblo un solo hombre."

Admiro tambien esta otra respuesta: el autor no es conocido: le preguntaron por qué cuidaba tanto una obra escrita para tan pocas personas: "Yo quiero, dixo, pocos lectores; pero uno solo, de ningun modo." El dicho de Epicúro no es menos notable: escribia á uno de sus condiscípulos: "Esto es para nosotros, y no para la multitud; nosotros somos un gran teatro el uno para el otro." Vé aquí las máxîmas que es menester seguir, para hacerte superior al gusto y satisfaccion que inspira la aprobacion general. ¿Te alaba el Pueblo? ¡Bello motivo, por cierto, de vanidad es un mérito aplaudido del pueblo! Tu mérito debe hallarse en tí mismo.

CCLVIII.

Los beneficios y la concordia son la base de la vida humana: no es el terror, sino el afecto y los mutuos socorros, los que forman la asociacion general.

CCLIX.

Imposible es agradar á la multitud, quando se ama la virtud. Por malos medios se logra siempre el favor del pueblo: éste no puede dispensartelo, si no eres como él; ni aprobarte nada que no sea igual á sus ideas. El verdadero juez de tus acciones, no es el pueblo, sino tú mismo. La amistad de los hombres corrompidos, no se adquiere sino á fuer-

za de corrupcion. ¿Qué bienes procura esta filosofía tan predicada, y este arte superior á los otros? La ventaja de preferir el propio parecer al del pueblo; pesar las alabanzas, en vez de contarlas; atropellar el temor de los dioses, y de los hombres; en una palabra, vencer el dolor, ó terminarlo. Si yo oyera á tus rededores las mayores aclamaciones del populacho; si tu vista excitára el mismo tumulto, los mismos aplausos que la entrada de un charlatán; si en toda la ciudad las mugeres y los muchachos se apresurasen á cantar tus alabanzas, te compadecería. ¿Y por qué? porque conozco el camino que conduce á este favor.

CCLX.

Parages hay mal sanos, hasta para los cuerpos mas robustos, y profesiones perjudiciales para las almas honestas, pero vacilantes todavía. Por esto no apruebo á esos filósofos que, apasionados á una vida tumultuosa, pasan los dias luchando contra los obstáculos. El sabio sufre los reveses, pero no vá á buscarlos, porque quiere mejor vivir en un estado de paz, que no de guerra: ¿y de qué le serviría el desembarazarse de sus vicios, si tenia que combatir los de los otros?

CCLXI.

La sabiduría quiere que se

aprenda á morir. Puede ser que creas inútil estudiar tan largo tiempo, lo que solo una vez se practíca; y ve ahí precisamente el porqué debemos exercitarnos para morir. Es necesario aprender siempre, quando jamás tenemos certeza de saber. Decirte, piensa en la muerte, es decirte, piensa en tu libertad. En aprendiendo á morir, se desaprende á servir, porque nos hacemos superiores, ó á lo menos nos ponemos al abrigo del poder de los tiranos.

CCLXII.

Los escritores mas estimados deben formar la base de tus lecturas: vuelve á ellas siempre despues de las diversiones que hayas tenido: adquiere cada dia al-

gun recurso nuevo contra la pobreza, contra la muerte, y contra las demas calamidades: recoge, en el monton de objetos que hayas recorrido, alguna máxîma para alimento moral de aquel dia. Este es mi método: yo leo mucho, y reservo algo. Ve aquí mi cosecha de hoy: la debo á Epicúro; porque tengo la costumbre de pasar al campo enemigo, mas bien como espía, que como desertor. "Freqüentemen„ te la adquisicion de las rique„ zas es el cambio, y no el tér„ mino de la miseria." Esto no me sorprehende. El vicio no está en la cosa, sino en la persona: él hace pesada la pobreza, y onerosa la riqueza. Nada importa que un enfermo esté acostado en una cama de oro, ó

de madera: él lleva su mal consigo llevenlo donde quieran; y así, un alma corrompida, no se halla mejor con la riqueza, que con la indigencia: su mal la sigue á todas partes.

CCLXIII.

¡Quantos hombres no se detienen en hacer mal porque no pueden! Dales fuerzas, y el vicio no tardará en producirse: la prosperidad le abre la puerta; y pàra desenvolver su maldad, no es menester mas que una ocasion. La crueldad, la ambicion, y el libertinage para igualar ciertos hombres á los grandes malvados, no esperan mas, sino que la fortuna les favorezca. ¿Quieres conocer sus disposiciones? propor-

cionales el poder á la riqueza.

CCLXIV.

Hay votos claros, pronunciados y especificados; y otros hay implícitos y generales. Por exemplo: yo deséo una vida honrada; pero una vida honrada es el resultado de mil elementos diversos: ella encierra el tonél de Régulo, la herida donde Catón metió la mano, el destierro de Rutilio, y la copa emponzoñada que hizo pasar á Sócrates desde el calabozo á los Cielos; y así, el desear una vida honrada, es desear implícitamente todas estas condiciones, freqüentemente indispensables para vivir honradamente.

CCLXV.

Es un gran bien una segura ventaja, y es ser independiente, no tener nada que pedir, y dexar pasar las asambleas, en las quales preside la fortuna. Luego que se convocan las tribus del pueblo, que los candidados esperan con inquietud su suerte en los templos vecinos; mientras que el uno promete dinero, otro lo deposita, y un tercero gasta, á fuerza de besos, las manos de aquellos á quienes no dexaría tocar las suyas, si hubiera obtenido el empléo que solicíta; en fin, mientras que todos esperan suspensos la voz del pregonero, ¿no es bien agradable el ser expectador ocioso en medio de este expectáculo, ó especie de feria, sin

tomar parte alguna en ella, ni por las compras, ni por las ventas?

CCLXVI.

Nada hay mas vergonzoso que el voto de Mecéno, que no rehusa, ni las enfermedades, ni la deformidad, ni aun los suplicios mas agudos, siempre que en medio de estos sufrimientos conserve la vida. "Debilitad, dice, „ mis manos; haced mis pies dé- „ biles y cojos; hacedme joroba- „ do; arrancadme los dientes, y „ todo irá bien si me dexais la „ vida: conservarmela, aunque „ me pongais en cruz." ¿Qué puede desearse á un hombre semejante, sino que los dioses le oygan? ¡Óh vergüenza indeleble de estos versos afeminados! ¡mo-

numento odioso del mas loco temor! Él desea los mayores males, y lo que es aun mas terrible, su prolongacion; ¿y por qué? ¡por vivir mas largo tiempo! Pero ¿qué es vivir de esta manera? Es perder la vida por menor; es morir mucho tiempo.

CCLXVII.

Verás un gran número de oyentes, para quienes la escuela de un filósofo no es otra cosa que un lugar de diversion y de reposo; su fin no es el de dexar en ella algunos vicios, sacar algunas reglas de conducta, sobre las quales rectifiquen sus costumbres, sino proporcionar algun placer á sus oídos. Hay, sin embargo, algunos que llevan sus

tabletas; pero para recoger, no cosas, sino palabras, que extienden sin fruto para los otros, así como las han oído sin utilidad para ellos mismos.

Por mí, quando oía á Attálo declamar contra los vicios y los errores del género humano, tenia compasion de los hombres, y le miraba como un ser de un órden superior. Él se decia Rey; pero yo hallaba que era mas que un Rey, supuesto que citaba á los Reyes mismos al Tribunal de su censura. Pero luego que se ponia á hacer el elógio de la pobreza, á probar que todo lo que sale de los límites de lo necesario, no es mas sino un peso superfluo, y oneroso para quien le llevaba; estuve tentado freqüentemente de salir pobre de su

escuela. Quando declamaba contra los deleytes, quando alababa la continencia, la sobriedad, el desprendimiento de los placeres, no solamente ilícitos, sino tambien superfluos, me inflamaba para poner límites á mi golosina y á mi delicadeza. De esto me han quedado algunos principios de moral. Yo me habia arrojado con ardor á todo, pero extraviado despues en el tropél de la ciudad, he conservado muy pocas de estas máxîmas. Á él le debo el voto que he hecho de renunciar por la vida las hostras y los hongos: estos no son alimentos, sino objetos de regalo, y estimulantes que excitan el apetito de los ya satisfechos; ellos pasan facilmente, y hacen lugar á nuevos bocados; ventaja ines-

timable para los glotones que encaxan en su estómago mas de lo que puede contener. De él he aprendido á abstenerme de olores, persuadido á que el mejor para el cuerpo, es el no tener ninguno. A él le debo el haber dexado totalmente el vino y el baño. Yo miro como un regalo inútil el cocer mi cuerpo, y aniquilarlo á fuerza de transpiracion. Attálo elogiaba la cama dura: la en que yo duermo en mi edad, lo es bastante para que mi cuerpo no quede señalado en ella.

Os he contado todos estos pormenores personales para mostraros quán ardiente sería el primer fuego de los jóvenes para la virtud, si halláran alguno que los exhortáse, y diese impulso hácia ella. Pero hay mucho de-

fecto, así en los maestros, que nos enseñan á disputar, mas bien que á conducirnos, como en los discípulos, que prefieren la cultura de su entendimiento, á la del alma. Por esto la filosofía se ha vuelto una filológia. Aprendamos á convertir en acciones, lo que no es mas que palabras. No se trata de entretenerme, sino de gobernarme. Todo lo que dicen aquellos que aprendieron como un oficio lucrativo la filosofía, y todo lo que venden á la multitud que los aplaude, no les pertenece; esto es lo que dicen Platón, Zenón, Crisipo, Posidónio, y la turba innumerable de los filósofos. ¿Cómo podrán probar que sus dogmas les pertenecen? Voy á enseñarselo: Que hagan lo que dicen.

CCLXVIII.

Los que se sumergen en el luxo, quieren que se hable de ellos mientras vivan, porque creerían haber perdido el tiempo si no se habláse de ellos, y no están contentos si no hacen cosas que metan ruido. Muchas gentes se comen sus bienes: otros tienen cortejos; y en queriendo distinguirse entre ellos, es menester, no solo dar en el luxo, sino hacerse tambien señalar con alguna extravagancia notable. En una ciudad tan ocupada, no se habla de necedades ordinarias y comunes.

CCLXIX.

Hay gentes que del despre-

cio han hecho su salva-guardia. Se pisa al que se desprecia; pero se va mas allá, sin encarnizarse con él, y no se toma el trabajo de meditar su ruina. En el campo de batalla mismo se pasa al lado del enemigo, echado en tierra para atacar al que está de pie.

CCLXX.

Aristón de Chio excluyó de la moral toda la parte de los preceptos, que creía no convenir sino á su pedagogo, y no á un filósofo, como si el sabio fuera otra cosa que el pedagogo del género humano.

CCLXXI.

Se acabó la paz para el hom-

bre que se inquieta por lo futuro, que se hace desgraciado aun antes de la desgracia, y que pretende asegurarse hasta el fin de su vida la posesion de los objetos, á los quales está ligada su felicidad. Un hombre semejante no cuente ya con tener reposo; la espectativa de lo porvenir le arrebatará hasta lo presente de que podia gozar. El sentimiento, y el temor de las pérdidas, son dos estados igualmente dolorosos para el alma.

CCLXXII.

Hay muchas cosas que aparentamos desear, aunque ningun cuidado se nos da de ellas. El autor de una larga historia escrita en caractéres muy menudos,

con margenes muy estrechas, despues de haber leído una gran parte de ella, dice: "Señores, yo „ cesaré si me lo mandais." Continuad, continuad, dixeron al punto algunos que querrian que ningun accidente repentino lo enmudeciese.

CCLXXIII.

Hay animales, dice Platón, cuya mordedura no se siente, tanto lo fino de su dardo nos disfraza el peligro; la hinchazon, sin embargo, no nos permite dudar de la picadura, aunque en esta misma hinchazon no se advierta señal de tal herida. Lo mismo nos sucede en el trato con los sabios; no se conoce el quándo ni el cómo nos es útil, pero al fin conocemos que no lo ha sido.

CCLXXIV.

¡Qué errados viven los hombres que desean extender su dominacion mas allá de las mares: que se miran como soberanamente dichosos quando han conquistado con el socorro de sus tropas varias Provincias , y quando han agregado otras nuevas á las antiguas! Estos no conocen otro medio de igualar su Imperio al de los dioses. El mayor Imperio es el que exercemos sobre nosotros mismos. Aprendan quan sagrada es la justicia , virtud que se dedica al bien de otro , sin desear mas que el ser útil á todo el mundo. Enséñenme á no tener nada que hacer con la ambicion , ni la fama , y á no men-

digar mas aplausos que los mios. Persuadanme á que debo ser justo gratuitamente, esto es poco; á que debo sacrificar mi persona al exercicio de esta virtud, la mas bella de todas, á fin de que mis ideas se aparten, quanto sea posible, del interés personal.

CCLXXV.

¡Quántas falsedades tienen la apariencia de verdaderas! Tomémonos siempre tiempo, pues éste descubre la verdad.

CCLXXVI.

Las pasiones son tan poco á propósito para la execucion, como para el mando.

CCLXXVII.

Tratémos de que nuestra vida sea semejante á los metales preciosos, que pesan mucho, y abultan poco: ella debe medirse por las acciones, y no por la duracion. Posible es, y hasta muy comun, el vivir poco, aunque vivamos largo tiempo.

CCLXXVIII.

Yo soy un enfermo que no tengo la loca pretension de curar á nadie. Acostado en la misma enfermería, trato con vos, Lucilio, de nuestros comunes sufrimientos; yo os doy parte de los remedios que sé; y los discursos que oís, á mí mismo se

dirigen. Yo os introduzco en el fondo de mi conciencia; y allí, delante de vos, hago la guerra á mis vicios, y digo: "Calcúla
» tus años, y te avergonzarás de
» tener todavía los gustos y pro-
» yectos de tu infancia. Antes de
» morir, haz morir tus vicios.
» Dexa á parte esos placeres tu-
» multuosos que cuestan tan ca-
» ro, y que hacen tanto mal an-
» tes de gozarlos, como despues.
» Así como la inquietud no aca-
» ba con el crimen, aunque se
» hubiera cometido en secreto;
» así los deleytes pasan, y nos
» queda el arrepentimiento, por-
» que no tienen solidéz ni con-
» sistencia; y quando no daña-
» sen, siempre se desvanecen.
» Aspira mas bien á una felicidad
» durable: ahora, esto no se ve-

„ rifica si el alma no la saca de
„ sí misma. Solo la virtud produce una alegría pura y constante: si ocurren obstáculos, estos son como nubes que se forman de baxo de ella, las quales no eclipsan su luz. ¿Quándo llegarás tú á adquirir esta alegría? Tú andas, pero no corres; mucha obra queda todavía, y no la acabarás sino pagando tu parte de vigilias y sudores. En vano encargarías á otro tus veces: los sostitutos no tienen parte en la sabiduría, como en ciertos generos de literatura."

CCLXXIX.

Nosotros somos grandes niños, mas quasi siempre semejan-

tes á los pequeños: ellos tienen miedo á sus parientes, á sus conocidos y á sus camaradas, luego que los ven enmascarados. Sepamos quitar la máscara á las cosas y á las personas; contemplémoslas en su naturaleza, y verémos, que lo que tienen de terrible, es el miedo que las precede.

CCLXXX.

Todas las clases están sujetas á mudanzas: ¿dónde está el trono que no se halle expuesto á una caída, y que no tema un usurpador ó un verdugo? No hay que mirar semejantes revoluciones como lejanas; una hora es á veces el solo interválo que hay entre el trono y el luto.

CCLXXXI.

Un Tirano amenazó á Teodoro con que le haría morir, y le privaría de sepultura. "Tú pue-
„ des quedar satisfecho, le res-
„ pondió el filósofo; tengo á tu
„ disposicion algunos vasos de
„ sangre; en quanto á la sepul-
„ tura, eres bien loco si crees
„ que me importe algo el podrir-
„ me sobre la tierra, ó debaxo
„ de ella."

CCLXXXII.

Menos valor se necesita para ir á la muerte, que para volver á ella.

CCLXXXIII.

El mundo y el retiro son

dos cosas que es preciso enlazar, y hacer se succeda la una á la otra: la una nos inspira el deséo de los hombres, y la otra el de nosotros mismos. Ellas son remedio la una de la otra: la soledad cura la misantropia, y el mundo la displicencia de la soledad.

CCLXXXIV.

Las adversidades son una ilacion de la fatalidad: ellas suceden á los hombres de bien, por la misma ley ó razon que los hace honrados.

CCLXXXV.

Se engañan los que creen que el dar sea cosa facil: en esto hay mas dificultad que se piensa, si hemos de consultar la razon, y

no derramar los bienes á ciegas, y á la casualidad. Yo salgo al encuentro al uno, y me desempéño con el otro; yo socorro á éste, y tengo compasion de aquel; no hay necesidad para ello de que su pobreza lo obscurezca y absorva. Hay gentes á quienes no daré, aunque las vea en miseria, porque siempre quedarán en ella, dieralas lo que las diera. Hay otras á las quales ofreceré; otras á las quales obligaré á que reciban. Yo no puedo dexar de estar atento á un asunto de esta importancia: jamás colóco mejor mi dinero, que quando lo doy.

¡Qué! se me dirá: ¿Vos dais para recibir? No; es para no perder: es preciso colocar los beneficios de manera, que no

puedan volverse jamás á pedir, sino restituírse. Éste es un tesoro escondido en la tierra, que no se saca sino en los casos urgentes.

CCLXXXVI.

El hombre justo y esforzado, batallando con la mala fortuna, sobre todo quando él es el agresor, es un expectáculo verdaderamente digno de que un Dios lo contemple, y se complazca en su obra. No, yo no veo nada mas hermoso en la tierra, que á un Catón, despues de varias derrotas de su partido, inmóvil, y de pie en medio de las ruinas de su patria.

CCLXXXVII.

Una dicha constante no re-

siste á ningun ataque; pero el hábito de luchar con la desgracia, hace al hombre insensible é invulnerable; si llega á ser trastornado, combate de rodillas.

CCLXXXVIII.

Los placeres del sabio son moderados y detenidos; ellos parecen desmayados, son siempre contenidos, y sensibles á penas: él no los va á buscar; y quando se le presentan por sí mismos, no los recibe con honor, ni áun con una satisfaccion declarada. Los distribuye en el curso de la vida, así como los juegos y entretenimientos se colocan entre los asuntos serios.

CCLXXXIX.

Los afectos naturales tienen el mismo grado de fuerza en todos los hombres; luego que varían, hacen ver que no eran naturales.

CCXC.

Las mugeres llevan todas sus pasiones hasta el extremo.

CCXCI.

No se alaba al hombre de ingenio sino con trabajo, como no tenga algun defecto que perdonarle.

CCXCII.

La vida no es para nosotros

sino una Hostería : lo que llaman la vejéz, no es mas que la revolucion de un pequeño número de años. Solo hay un medio de vivir largo tiempo, y es el vivir bastante.

CCXCIII.

Nosotros somos viajantes que llegamos al imperio absoluto y tiránico de la fortuna, cuyo capricho nos dispensa los bienes y los males. Semejante á un ama de casa, inconstante, caprichosa, indiferente hácia la suerte de sus esclavos, dexa caer á la ventura los castigos y las recompensas.

CCXCIV.

La adversidad es la prueba

de la virtud. Vos sois un grande hombre; pero ¿cómo he de conocerlo, si la fortuna no os ha puesto en parage de hacer ver vuestra constancia en sus reveses? Vos habeis descendido á la carrera olímpica; pero estabais solo, y así habeis obtenido la corona, mas no la victoria. Vos habeis pasado la vida sin contrarios, y así no puede saberse lo que habriais hecho si los hubierais tenido, y ni aun vos mismo podeis decirlo. Es necesario tener experiencia para conocerse uno á sí mismo; y no sabemos quales son nuestras fuerzas, si no las medimos.

CCXCV.

El hombre grande desea los reveses, así como el soldado va-

leroso la guerra. El valor codicia los peligros; él piensa en su objeto, y de ningun modo en los peligros intermedios, con tanta mas razon, como que estos mismos peligros son parte de su gloria. Los guerreros se glorían de sus heridas, y miran con alegría correr su sangre despues de una batalla: los heridos logran siempre mayor consideracion que los otros, aunque estos hayan cumplido tambien con su deber.

CCXCVI.

La muerte es un término para todos, un remedio para algunos, y el voto de varios; y jamás sirve mas utilmente que quando viene sin llamarla. Luego que la fortuna reparte injus-

tamente los bienes, y somete al poder de un Señor los hombres nacidos todos con los mismos derechos, la muerte los hace iguales. Ésta es la verdadera enemiga de toda autoridad; la que salva al hombre de la humillacion, y la que no conoce superioridad. Yo veo cruces variadas segun el capricho de los tiranos; veo cuerdas, veo látigos, y veo instrumentos para desgarrar cada miembro y cada articulacion; pero tambien veo la muerte. De lejos son estos enemigos crueles, y ciudadanos soberbios; pero al lado de ellos veo la muerte. La esclavitud no es pesada, quando de un solo paso se puede uno arrojar hácia la libertad, si nos fastidiamos del Señor.

CCXCVII.

C. Pacuvio, que se apropió la Siria á título de prescripcion, celebraba todas las noches sus exêquias con mucho vino y comidas funerales: de la sala del festin le llevaban sus compañeros libertinos á su quarto, y un coro de mil voces cantaba á su rededor: "Él ha vivido, él ha vivido." No dexaba pasar ni un dia sin esta ceremonia fúnebre. Lo que él hacia por depravacion, hagamosle por principios, y prontos á entregarnos al sueño, digamos con alegria: "Yo he vivido, y de mi suerte yo he formado la carrera." El que por la noche dixo, "yo he vivido;" dirá por la mañana, "ya he ganado un dia."

CCXCVIII.

Hay hombres corrompidos, siempre embriagados, y sosteniéndose apenas, que creen ser virtuosos, porque gozan de los deleytes: ellos oyen decir que son inseparables; y lejos de ocultar sus vicios, tienen vanidad de ellos, y los llaman sabiduría. Epicúro no es quien los induce al desarréglo, sino que, dados al vicio, vienen á ocultarlo en el seno de la filosofía. Se dan priesa á ir donde oyen alabar la sensualidad, y no saben quan sobria y templada es la de Epicúro (porque yo le hago esta justicia): al solo nombre vienen, no buscando sino una apología, y un velo para sus desarreglos;

y de este modo pierden el solo bien que les quedaba en sus males, que era la vergüenza de obrar mal. Ya no pueden levantarse, ni aun en la edad vigorosa, quando el vicio se halla adornado así con el título honorífico.

Lo que hace tan perniciosa esta apología del deleyte, es que la honestidad de los preceptos está escondida; y no se vé sino lo que tienen de seductores. Yo pienso, y me atrevo á decirlo, contra la opinion de nuestros estoicos, que la moral de Epicúro es sana, recta, y austéra tambien, para quien la profundice: su liviandad está encerrada en los mas estrechos límites. La ley que imponemos á la virtud, la prescribe él á la sensualidad: él quie-

re que ella esté subordinada á la naturaleza, y lo que es suficiente á la naturaleza, parece bien poca cosa al desarréglo. Aquellos, pues, que colocan la felicidad en una baxa ociosidad ó en la alternativa de la mesa y las mugeres, no buscan sino una autoridad respetable para justificar sus vicios. Atraídos de un nombre seductor, se hacen los sectarios, no de la liviandad que se les predica, sino de aquella misma que ellos han seguido; y una vez que están persuadidos á que sus vicios se conforman con los preceptos de Epicúro, se entregan á ellos libremente, ya no se ocultan, y marchan con la cara descubierta.

Yo no digo, pues, como la mayor parte de los estoicos, que

la secta de Epicúro es la escuela del libertinage : lo que digo es , que ha sido desacreditada sin haberlo merecido. ¿Y cómo podrán asegurarse de ello , sin haber profundizado su moral? Las primeras apariencias dan lugar á estos malos juicios , y hacen concebir esperanzas criminales. Este es un héroe disfrazado de muger.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

DE LA MORAL DE SENECA,

Y DEL TOMO VII.

COLECCION
DE FILÓSOFOS MORALISTAS
ANTIGUOS.